



12

POLICIACA

LEONELO ABELLO MESA
EL ULTIMO
CRIMEN





EDITORIAL
LETRAS CUBANAS
CIUDAD DE
LA HABANA 1979

LEONELO ABELLO MESA

**EL ULTIMO
CRIMEN**

En las páginas de esta obra, su autor ha logrado plasmar el más refinado mundo del cuento policíaco cubano, una gama de contrastes que surge entre sus excelentemente logrados personajes, sus cuentos hacen gala de gran narrativa, también se encuentran las individualidades negativas que aún subsisten en la etapa actual de transformación revolucionaria debido a la amarga secuela dejada por el gobierno imperante antes del triunfo de la Revolución Cubana. La trama se remonta a los sucesos que acontecen en unas cabañas para campismo, adonde van a vacacionar muchas personas en busca de sosiego y tranquilidad, luego de un agotador año de trabajo. Allí se reúnen varios de estos personajes que comienzan a compartir experiencias. Una noche en que juegan dominó, hay una pareja compuesta por Juan y Nicolás quienes derrotan a otros contrincantes. El juego se acalora mucho y los dos perdedores reciben las burlas constantes de los ganadores, mientras, las otras parejas esperan ansiosas poder entrar en el juego una vez que alguna pareja pierde. Así va transcurriendo la noche hasta que recogen el juego y cada cual se marcha a su cabaña a descansar, cuando al otro día, la moza de limpieza va a su quehacer y descubre, muy horrorizada, el cuerpo agonizante de Nicolás en el suelo, ensangrentado...

COLECCIÓN RADAR 12



Leonelo Abello Mesa

EL ÚLTIMO CRIMEN



ePub r1.0
ePub2.0

Primera mención Cuento del Concurso «Aniversario del Triunfo de la Revolución» del MININT, 1979.

JURADO

Félix Pita Rodríguez
Armando Cristóbal Pérez
Teniente Julio Martínez

Edición José Tajés
Diseño Cecilia Guerra
Cubierta Luis Vega

© Leonelo Abello, 1979
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1979

Impreso en el mes de diciembre de 1979,
en el Establecimiento 08 «Mario Reguera Gómez»,
Benjumedá 407, Ciudad de La Habana.

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G No. 505, e 21 y 23, El Vedado
Ciudad de La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ
ePub base r2.1





—ewya_#036(21)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos, fundamentalmente; pero también de obras literarias de autores extranjeros, publicadas por editoriales cubanas...

WeaR&WaZ®
©RiverDry 01.04.2022

*A mis padres, que
me enseñaron a amar
la Revolución y
la literatura.
A mi hijo.*

Crimen en Villa Sirena

—¡Esto se trancó, caballeros!... ¡A ganar aquí!

Quien había producido esta expresión puso, con fuerte y aparatoso gesto —que hizo retemblar el resto de las fichas— un doble blanco sobre la mesa, al tiempo que rompía en una estruendosa carcajada.

—Y éstas no caben... ¡La otra pareja, que ésta no sirvió!

Con visible satisfacción, el hombre que se hallaba frente a él, mesa por medio, se hizo eco de esta alegría, y viró las fichas de los otros dos, quienes se quedaron inmóviles observando, como si no entendieran qué había pasado.

Uno de los derrotados, viejo, gordo y canoso, se levantó con gesto brusco mientras lanzaba un sinnúmero de ofensas e imprecaciones que fueron respondidas por la risa general. Su compañero, de edad semejante pero flaco y enervado, sobre el que incluso se dirigió parte de las críticas, se limitó a dejar la silla con una dura expresión, mezcla de enfado y fingido desinterés. Otros dos se sentaron y el característico roce de las fichas sobre la mesa se impuso en la escena. El juego de dominó continuó.

Hacía un buen rato que el grupo se dedicaba a este entretenimiento y escenas como la anterior eran las mismas ya conocidas, incluso de noches atrás.

Se encontraban en el portal de una cabañita, la número cincuenta y ocho de Villa Sirena, centro turístico donde, por lo apartado del lugar, esta actividad acaparaba la atención de huéspedes ocasionales y algunos empleados, en virtud de la feliz idea de uno de los vacacionistas que había llevado un juego de dominó para entretenerse durante su estancia en la playa.

Esa noche eran ocho los que se reunían allí, y ofrecían un cuadro de disímiles características, sólo aunadas por el interés común. La pareja

ganadora la constituían dos hombres de edades muy diferentes: uno de ellos, conocido por Juan, era joven, de poco más de treinta años, piel muy negra y sonrisa fácil, quien rápidamente se destacó por su trato familiar con todos y sus bulliciosas expresiones. El otro, en cuya cabaña se encontraban, sobrepasaba los sesenta; era un viejo jubilado, muy bonachón, llamado Nicolás, que acompañaba a su hijo y nuera en las vacaciones que éstos disfrutaban en Cuba, pues trabajaban en el extranjero.

Cómo esa noche el hijo había ido a visitar a un amigo al pueblo cercano, Nicolás formó una exitosa pareja con el negro Juan Coto.

La otra pareja que poco antes abandonara el juego la formaban dos hermanos que pasaban unos días en la Villa con sus familias. Realmente eran muy buenos jugadores, pero el gordo, nombrado Rogelio Pérez, no toleraba perder tan siquiera un partido, lo cual provocaba su descontrolada ira de viejo autosuficiente y cascarrabias. Salvo esos momentos, resultaba jovial, y, al igual que su hermano Raymundo, mucho más reservado que él, era bien aceptado por el grupo.

Además, se hallaba un médico cuarentón nombrado Emilio, cuya apacible y voluminosa figura era familiar a los trabajadores del lugar, pues todos los años pasaba unos días en aquel centro turístico, en compañía de su esposa; también, un mulato muy alto y delgado cuyo signo distintivo era la filosófica e imperturbable serenidad con que resistía el constante asedio que le hacían sus cuatro hijos durante todo el día, para al fin disfrutar de las, para él, tranquilas partidas nocturnas. Se le conocía por Julián.

Por último, los otros dos que participaban del juego eran empleados de la Villa: Marcos el salvavidas, joven robusto y alardoso, quien a pesar de llevar poco tiempo en aquel trabajo, ya amenazaba con tomar la característica tez bronceada y el pelo amarillento de los que realizan esa actividad, y que, en realidad, durante todo el tiempo no hacía otra cosa que pasear por la playa o tomar algo en la barra, en sus ratos libres, a falta de incidentes que requirieran de su ayuda. El otro, Fernando, trabajaba como carpetero y, en contraste con el anterior, era pequeño y delgado, con aspecto enfermizo aunque muy vivaz y jaranero.

Tal era el mosaico de personas que se reunían en torno a la mesa del dominó, entretenimiento tan atrayente y típico para el cubano.

El juego todavía se extendió un rato más, con los habituales momentos de animada rivalidad entre los participantes.

Motivo de especial hilaridad para el grupo, lo constituyó una nueva y resonante derrota para la pareja de hermanos —quienes, sin dudas, se hallaban en un día de mala suerte, poco común—, que al igual que la anterior provocó su desmedida indignación y defensa, pero esta vez con tanto calor, que el gordo Rogelio abandonó el grupo con protestas y exabruptos, lo cual ocasionó la broma general, sobre todo del viejo Nicolás, quien entusiasmado como estaba, se ensañó de lo lindo con el agraviado.

—Caballeros, no jueguen así con mi hermano, porque cuando él coge monte se pone mal y cualquier día se forma un problema —advirtió muy serio Raymundo.

—¡Oh, qué problema ni problema!... Si se acalora, que se dé un baño, pues esto es para divertirse —contestó Nicolás, y acto seguido remedó de jarana las expresiones de Rogelio, con una acogida de risas por parte de los demás.

—Debías haber aprovechado la cara que puso para tirarle una foto con la camarita bárbara esa que tienes —opinó Juan Coto, dirigiéndose a Nicolás.

—Si la hubiera tenido a mano se la tiro —respondió éste—, pero la guardé en el closet, con otras cosas, entre las colchas, y no me daba tiempo... Como hoy me quedé solo y siempre doy mi paseo antes de acostarme, mi hijo me cayó arriba con que tuviera cuidado, pues soy un regado y dice que si por mí fuera me robaban todo... ¡Verdad que tiene cada cosa!

La conversación se generalizó sobre el tema de los robos, salpicada de anécdotas conocidas, y que, como siempre, se vieron aumentadas en la exposición por la capacidad imaginativa de cada cual.

Al fin, el juego concluyó y recogieron el dominó. Marcos el salvavidas, y Fernando el carpetero, ayudaron a guardar todo en la cabaña y se despidieron hasta el día siguiente.

El viejo Nicolás, tal como era su costumbre, encendió un cigarro y se dispuso a dar su sedante paseo nocturno. Con cuidado cerró la puerta de la cabaña y salió.

Mientras caminaba por la arena, crujiente bajo sus zapatos en el silencio de la noche, sintió con agrado sobre su rostro la brisa marina que refrescaba

en algo el calor reinante.

Al amanecer, los tenues rayos del sol naciente y la espesa niebla suspendida en derredor a baja altura, anunciaban, de nuevo, un día de intenso calor.

La empleada que atendía la limpieza, comenzó un poco más tarde su labor, cuando ya en torno a ella veía pasar animados vacacionistas prestos para las más diversas actividades, y por eso se apresuraba ahora en el arreglo de las cabañas.

Al llegar a la número cincuenta y ocho, por conocer los hábitos madrugadores de sus ocupantes, no dudó en llamar, y como tras insistir no recibía respuesta, abrió la puerta con su llave maestra. Todavía demoró un momento en recoger los útiles de limpieza que había dejado a un lado del portal, y tras esto, entró decidida.

Apenas un instante después, se escuchó desde el interior de la cabaña, un alarmante grito que se repitió una y otra vez, desgarrador, desesperado, en demanda de auxilio urgente. Se había cometido un crimen.

Tras las inspecciones iniciales, y mientras varios especialistas se encargaban de diversos análisis en el lugar de los hechos y sus alrededores, el teniente Alejandro, investigador de la Policía Nacional Revolucionaria, repasaba las declaraciones obtenidas. En suma, contaba con los siguientes datos:

A eso de las ocho y treinta de la mañana, al entrar para efectuar la limpieza, la empleada encontró en el suelo, sobre un charco de sangre, el cuerpo de Nicolás. Al tiempo que gritaba pidiendo ayuda, se acercó a éste y comprobó que aún estaba con vida. Antes de que llegaran otras personas, el moribundo alcanzó a balbucear, como postrera súplica, unas palabras que, al decir de la joven, no olvidaría jamás: «Sálvame la vida... sálvame...» Luego empezó a llegar la gente, y ella no supo más, pues desde el instante en que contempló aquel espectáculo se había quedado muy alterada.

Un huésped de los primeros que acudieron a los gritos de auxilio de la joven, explicó que él se encargó con otras personas de cargar al anciano y montarlo en un carro de uno de los vacacionistas, el cual se ofreció para

conducirlo al pueblo. Al llegar al hospital ya Nicolás había fallecido, sin haber pronunciado palabra alguna. Según los médicos, el cráneo lo tenía fracturado, sin duda por un golpe fortísimo, y presentaba también huellas en el cuello como de un posible estrangulamiento. Esto fue verificado directamente por los médicos forenses.

Las ocho últimas personas que lo vieron con vida —los participantes del juego de dominó y un huésped que se había cruzado con él en su paseo nocturno— también fueron interrogados; pero no se obtuvieron datos de interés directo.

Todos coincidieron en que Nicolás no aparentaba tener ningún problema ni nada que lo amenazara, y de la detallada descripción que hicieron de lo acontecido la noche anterior, se deducía que, efectivamente, así era.

Fernando había entrado a cubrir su turno en la carpeta a las doce de la noche, minutos después de terminar el partido de dominó, y no notó nada anormal en ningún momento. En toda la madrugada no vio a nadie, y estaba seguro de que hasta las seis de la mañana, en que llegó el carro de la leche, no había entrado ningún vehículo, pues frente a él quedaba la única carretera que daba acceso a la Villa. A las seis y media acabó su trabajo, estuvo conversando un momento con Marcos en el parqueo y después se retiró a descansar hasta que alrededor de las nueve lo despertaron para comunicarle la noticia del asesinato.

De los del grupo de dominó, Juan Coto, Raymundo, Emilio, Julián y Marcos, sobre las doce —hora que confirmaron—, al terminar el juego, se retiraron a descansar, y por la mañana tuvieron conocimiento de los hechos. Específicamente Marcos, se levantó temprano y corroboró haber hablado con Fernando a eso de las seis y media, pero tampoco observó nada sospechoso.

El huésped del encuentro casual declaró haber visto a cierta distancia a Nicolás, cuando se dirigía rumbo a su cabaña aproximadamente a las doce y quince, sin notar nada extraño, y como otro dato, aportó que a Rogelio también lo viera paseando poco antes.

Sobre este hecho, Rogelio declaró que hallándose un poco molesto por las bromas ocurridas durante el juego, caminó, pues no se había retirado a dormir de inmediato, pero que sólo estuvo unos instantes fuera y que en ningún momento había coincidido con Nicolás.

Hasta ahí lo obtenido de este grupo de personas. A lo anterior se agregaron las declaraciones del hijo y la nuera de Nicolás, quienes, al regresar de su visita al pueblo, se encontraron con el horrible acontecimiento.

Tras los penosos momentos iniciales, ambos, sobre todo el hijo, Ernesto, agitado por una mezcla de dolor e indignación, pudieron determinar que en la cabaña faltaban todos los objetos y prendas de valor, lo cual ascendía aproximadamente a la suma de mil cuatrocientos veinte pesos. Se trataba de una grabadora; dos cámaras fotográficas, una de ellas con equipo electrónico; un radio, un reloj y una buena cantidad de ropa y calzado, por otra parte, no se tenía la menor idea que pudiera conducir al culpable o culpables.

Por lo impactante del suceso, que mantenía en ascuas a los ocupantes de la Villa e intrigaba a los moradores del pueblo, donde circulaba ya la noticia, se habían tomado toda una serie de medidas especiales. En las indagaciones se empleaba gran cantidad de recursos y medios técnicos.

De ese modo, poco después, tenía lugar en una cabaña aledaña al lugar del suceso, provisionalmente a disposición de los investigadores, una reunión con el grupo de oficiales que trabajaba en el caso, dirigido personalmente por el capitán Abel, Jefe del Buró Provincial de la Policía.

El teniente Alejandro expuso en detalle las informaciones recogidas por él, de las que se precisaban algunas circunstancias de interés. Al final expuso estas conclusiones principales:

1. El crimen había ocurrido después de las doce y quince, hora en que el anciano regresaba a su cabaña, después de un corto paseo.
2. Los jugadores de dominó se retiraron poco antes, y nadie había observado personas o situaciones sospechosas. El estado anímico de la víctima indicaba que no esperaba ningún tipo de agresión.
3. No se había visto a personas ajenas al lugar en todo ese tiempo, y, según declaraciones, específicamente ningún vehículo había llegado a la Villa hasta por la mañana. Tampoco habían salido los autos de los vacacionistas.
4. Las pérdidas determinadas en la cabaña, indicaban el robo como móvil de los hechos.

Todo ello llevó por último al investigador a plantear dos aventuras hipótesis:

—Que el crimen había sido cometido por alguno de los moradores de la Villa, a partir de la ausencia aparente de otros sujetos, y, sobre todo, por el conocimiento de las cosas de valor que se hallaban en la cabaña.

—Que lo robado debía de encontrarse aún en los alrededores del lugar, pues no era fácil cargar a pie con los objetos, y menos sin que nadie lo advirtiera, y parecía que ningún vehículo había transitado por allí hasta por la mañana.

El capitán Abel atendió cuidadosamente a toda la exposición anterior, pero sin pasar a su debate, pidió conocer los resultados de los peritajes e inspecciones que podían arrojar alguna luz sobre los hechos.

El examen efectuado en la cabaña, en primer término, ofreció algunos elementos interesantes: por las marcas que aparecían en el suelo, la sangre observada y el aspecto de algunos muebles y adornos, se concluía que el anciano había sido agredido, al parecer, con un pesado adorno de mármol — hallado en un rincón— y después arrastrado junto a la cama, donde se formó el charco de sangre. Parece que la víctima, aún con vida, logró moverse algo hacia la puerta en que lo encontraron. Algunos muebles fueron registrados; no así el closet, en el que lo poco que dejaron no se hallaba en desorden.

Como un extraño detalle, se encontró que las fichas de dominó se hallaban regadas por el suelo, junto a la cama, acción realizada después que fuera herido Nicolás, pues en determinados sitios estaban sobre la sangre y nunca a la inversa.

En cuanto al análisis de posibles huellas del asesino, no se habían alcanzado muchos logros. Se obtuvieron algunas en diferentes lugares del cuarto, pero las que sin duda pertenecían al autor del crimen estaban en la ventana, y junto a ésta, por la parte de afuera: ellas indicaban que el asesino entró por allí, para lo cual debía de haber realizado un buen esfuerzo, pues quedaba a cierta altura, vista desde afuera, y sólo parecía que habían apoyado las manos. Para salir, esta vez cargado con el producto del robo, apoyó un pie en la ventana y saltó. En los alrededores se observaban, aunque no muy claramente, estas huellas del asaltante al ir y venir a la cabaña. Sin embargo,

aunque se estaban analizando en el laboratorio, se dudaba de su carácter identificativo por la falta de rasgos particulares.

Por último, se tenían resultados contradictorios al seguir el rastro con el perro. El animal se veía bastante desorientado, e iba, alternativamente, a diferentes cabañas y, al final, con insistencia, cuando se partía de la parte de afuera de la ventana, se dirigía hacia el parqueo, donde perdía la pista. Se comprobó que las cabañas a donde se dirigía al principio pertenecían a algunos de los que estuvieron la noche anterior allí, y las destinadas a la carpeta y el local de los empleados, lo cual era lógico; pero no quedaba clara la insistencia demostrada por el animal en cuanto al área de parqueo.

La propia prueba con el perro y el resultado de un simple registro, indicaban que lo robado no se encontraba en la Villa.

El capitán Abel, quien durante toda la exposición de los elementos permanecía atento y tomaba algunas notas que parecían de su interés, quiso puntualizar algo con relación a las huellas.

Las huellas que hay dentro de la cabaña casi seguro corresponden a los que estuvieron allí; ahora bien, con independencia de que éstas no identifiquen al autor, las que aparecen junto a la ventana —sin dudas pertenecientes a éste— permiten sacar una idea aproximada de su tamaño y complexión física. ¿Qué hay de eso? —preguntó.

—Sí —respondió un oficial— parece ser alguien de unos cinco pies y siete pulgadas, y de complexión más bien fuerte.

Abel quedó un momento pensativo, y tras ello expresó:

—Quedan por hacer algunas averiguaciones; por tanto, voy a concretar para ver si coincidimos en los siguientes aspectos de la reconstrucción de los hechos. Veamos: después de las doce, cuando Nicolás salió de su cabaña, alguien entró por la ventana para robar y poco después el anciano regresa. Al verse sorprendido, el individuo lo ataca y al darlo por muerto lo arrastra hasta la cama. Termina de robar —si antes no lo había hecho—, riega las fichas del dominó por el suelo y se marcha, saltando por la ventana. ¿De acuerdo?

Los presentes asintieron.

—Ahora bien. Tenemos dos incógnitas: ¿quién fue el autor? y ¿dónde está lo robado? Como todo indica que en los alrededores de la Villa no se

encuentran los objetos, a esto se agrega otra interrogante de importancia: ¿cómo fueron sacados de aquí?

Hizo una pausa, miró a todos, y continuó:

—Examinemos el primer problema: el autor. Ya Alejandro planteaba su idea de que era un actual morador de la Villa, pues el asesino conocía que se encontraban allí objetos y prendas de valor; pero este círculo de sospechosos puede ser reducido con los elementos que Alejandro obtuvo y pasó por alto —dirigiéndose al mencionado, Abel explicó—: Primero, está el hecho de que el autor sabía que Nicolás estaba solo y había salido a dar un paseo; y segundo, que había objetos que el propio anciano escondiera entre las colchas del closet, ante la insistencia de su hijo... Sólo siete personas conocían este detalle. Sobre todo, esta última circunstancia: las personas que compartían con él en el juego de dominó esa noche. ¡Entre éstos está nuestro hombre!

—Sí; es cierto —expresó Alejandro—, y con relación a ese particular tengo algunas ideas relativas a cada uno de ellos y las posibilidades que ya había analizado.

—A ver, ¿qué has pensado? —preguntó Abel.

—Primero debemos partir de lo general: todos conocían la situación existente; todos pudieron, una vez que se separaron, regresar a la cabaña, y el móvil del robo puede ser general. Sin embargo, hay algunas diferencias en cada caso. En el caso de los huéspedes, una acción semejante estaría implicando una confabulación o encubrimiento de los familiares, que deberían justificar sus movimientos, etcétera, que incluye el trasladar fuera de la Villa el producto del robo, lo que me parece ya más difícil. De este caso podría hacerse cierta exclusión con Rogelio, quien no fue directamente a dormir y contó con esa libertad de acción, y con los dos empleados que había en el grupo.

»Ahora bien, sobre estos tres últimos algunas cosas llaman la atención: Fernando el carpetero estuvo despierto toda la noche y como nadie pasó por allí, no se comprueba que se mantuviera realmente en la oficina, y, además, es quien asegura que ningún vehículo o persona entró o salió de la Villa durante ese tiempo. Marcos el salvavidas también pudo actuar libremente. En el caso de Rogelio se suma la extraña coincidencia de que se había disgustado esa noche, sobre todo con Nicolás, por haber perdido en la partida de dominó,

y su propio hermano advirtió de su impulsividad en esas situaciones; así como que fueron encontradas las fichas del dominó regadas en el lugar donde yacía la víctima. Todo esto puede sugerir un motivo adicional que no hemos considerado... sólo son sospechas, pero creo que deberíamos trabajar primero sobre estos tres últimos individuos.

—Sí; tiene cierta lógica lo que planteas —opinó Abel—; pero tendríamos que considerar otros aspectos. Primero, coincido contigo en la apreciación sobre los huéspedes en general. En el caso de Rogelio, sospecho que precisamente el sentido que tienen esas fichas es inducir una idea semejante, y debemos tener cuidado en eso porque, además, un disgusto de esas características no lleva con facilidad a acciones de índole tan violenta. Llamo la atención sobre un antecedente: hace un mes se produjo un robo de cierta importancia aquí y no pudo ser esclarecido, lo que nos conduce directamente a pensar ahora en los trabajadores de la Villa.

—Bien —apuntó Alejandro—, sobre éstos tenemos lo que ya dije. En este punto estamos de acuerdo, ¿no?

—No —respondió Abel pensativo—. Es difícil que Fernando se arriesgara a abandonar la carpeta, y declarase que no lo había hecho, sin saber si alguien hubiera pasado por allí durante ese tiempo, y lo mismo ocurre con mentir acerca de que no entró ningún vehículo, si éste podía ser visto u oído por otra persona. Habría que buscar otros elementos. De todas formas, me parece que el círculo se cierra sobre una sola persona, a quien la propia víctima señaló sin que nos diéramos cuenta. Para ello tenemos otros indicios más... ¿Conoces físicamente a esas siete personas?

Esta pregunta iba dirigida a Alejandro, quien asintió con gesto interesado.

—¿Qué otra cosa conocemos del autor? —continuó Abel—. Una idea aproximada de su físico. Según las huellas, corresponde a un sujeto de cinco pies y siete pulgadas, fuerte, lo que se confirma con la idea de cómo golpeó al anciano y saltó por la ventana con el producto del robo. Esto último, al igual que la forma de entrar en la cabaña, nos ofrece muestras de su agilidad. ¿Cuál de ellos se ajusta a estas características?

En un instante pasó por la mente de Alejandro la obesa figura de Rogelio, el enclenque Fernando, y la imagen de todos los demás. No dudó en exclamar:

—Marcos, Marcos el salvavidas. No puede ser otro, todo coincide.

—Sí —agregó Abel—; ahora pienso que existe otro elemento que lo relaciona con la forma en que fue sustraído lo robado de la Villa, debemos determinarlo ahora.

—Abel, pero yo pienso que debemos efectuar de inmediato la detención de Marcos, y con todos estos elementos que poseemos, él confesará su culpabilidad.

—No creas, no es tan fácil. En realidad no tenemos pruebas, ni conocemos si hay cómplices. De todas formas, él se siente seguro, y tengo idea de cómo llegar hasta la convicción final.

—¿Qué haríamos entonces?

—Solucionar antes las otras dos incógnitas. Creo que no hace falta insistir en que lo hurtado fue extraído de aquí antes de que realizáramos la inspección. Tú planteabas que no habían entrado o salido vehículos, salvo el auto que llevó a Nicolás hasta el hospital, en un vano esfuerzo por salvarlo, pero hubo un viaje que, por habitual, no llamó tu atención: el del camión repartidor de leche. Según Fernando, éste llegó a las seis de la mañana, y a las seis y media, cuando él pasó por el parqueo, se encontró allí con Marcos... ¿No te sugiere nada eso? Debemos seguir los pasos de ese carro, y te aseguro que no resultará infructuoso.

En la base de camiones de la Empresa de Industrias Lácteas, los dos oficiales no se encontraban muy satisfechos con lo logrado hasta el momento. Una vez que determinaron el carro que había estado por la mañana en la Villa y al conocer algunos antecedentes negativos sobre el chofer, emprendieron directamente la verificación de su recorrido, pero todo indicaba que en ningún momento el vehículo se había desviado de su ruta ni se había producido trasiego de paquetes u objetos, ni siquiera en la propia base, como acababan de verificar. Una vez concluido su turno, el chofer se retiró hacia su casa, y el camión quedó allí sin ser tocado por otra persona.

Se encaminaban ahora al lugar de estacionamiento, en busca de la posibilidad, si no remota, sí la última en este sentido, de que los objetos quedaran escondidos en el carro para sacarlos después.

El lugar, por sí mismo, ofrecía esperanzas, pues el chofer había parqueado el carro en un extremo de la explanada, junto a una maltrecha cerca que brindaba amplias posibilidades para llegar allí sin que se notara.

De manera cuidadosa inspeccionaron la cabina y la nevera, sin encontrar nada sospechoso. Sólo la convicción los llevó a continuar el minucioso registro, y esto los condujo a lograr su propósito.

Casi sin esperarlo ya, cuando se introdujeron por la parte de abajo del camión, se encontraron un compartimiento habilidosamente preparado, que hubiera sido imposible descubrir, estando ellos en posición normal. En él comprobaron que se hallaba todo el producto del robo, en una bolsa de tela.

—Dejemos todo como está —orientó Abel—, prepararemos la captura del que venga a recogerlo, que, si no me equivoco, ha de producirse esta misma noche. Vamos, queda poco tiempo.

La espera, más lenta que larga, había agudizado los sentidos de los combatientes y antes de ver algo, supieron que del lado de allá de la cerca alguien se acercaba.

Poco a poco, se hicieron más potentes las muestras hasta que de repente dos siluetas se destacaron contra el cielo nocturno, y con facilidad vadearon los alambres hasta llegar junto al camión sumido en la penumbra.

Sin cambiar palabras, uno de ellos se arrastró debajo del carro de leche, mientras el otro se agachó cerca, como en espera de algo. Ése era el momento señalado para actuar.

—Están detenidos, deténganse.

Al romper de súbito el silencio reinante, la voz conminatoria resultó más imperativa aún y las luces de las linternas inundaron la escena.

El que se hallaba debajo del camión, que ya tenía entre sus manos la bolsa, se quedó estupefacto y no atinó siquiera a moverse, por lo que ofrecía una ridícula posición, medio torcida, ocasionada por la sorpresa, y una expresión estúpida en su rostro. El otro tuvo un gesto casi involuntario de escapar; pero quedó clavado en el sitio cuando los combatientes corrieron hacia él.

Cuando era conducido hacia el auto patrullero, el bronceado rostro de Marcos dejaba ver una indefinida expresión de impotente odio, mientras su cómplice, totalmente descompuesto, lo inculpaba y suplicaba a la vez.

En un auto que seguía al de los detenidos, Alejandro, relajado ya y satisfecho, aclaraba una última duda que el ritmo de los acontecimientos dejara olvidada en un resquicio de su conciencia.

—Abel, poco antes de que concretáramos quién era el sospechoso principal, dijiste algo que me intrigó, y que vine a recordar ahora. ¿Qué querías decir cuando afirmaste que la propia víctima nos señaló al culpable, sin que nos percatáramos de ello?

Abel, entre pensativo y dudoso, respondió:

—Sólo es una suposición, pero creo que la alteración de la empleada que encontró moribundo a Nicolás, le impidió entender bien lo que éste, con dificultad, quiso decir... la última oportunidad para aclararlo murió con él, pero pienso que quizás su postrer mensaje encerraba una sola palabra: «salvavidas».

El último crimen

La pareja apresuró el paso al observar un teléfono público desocupado. Al llegar allí, el hombre comprobó, satisfecho, que el aparato se hallaba en buen funcionamiento, por lo que marcó el número deseado y se dispuso a esperar.

Alberto Gutiérrez y su esposa Gloria habían salido del cine y, como aún era temprano, pensaron que podrían terminar su paseo del domingo con la visita a unos amigos. Por tal motivo, decidieron llamarlos antes por teléfono para ver si se hallaban en su casa. Tras una infructuosa búsqueda anterior, el encontrar un teléfono —de los verde brillante recién instalados en la capital— que no tuviera personas en espera para hacer llamadas, les facilitó sus planes.

Al sentir que le respondían, Alberto pidió de favor que le avisaran a su amigo, pues vivía en una casa vecina. Mientras aguardaba la respuesta, le sonrió a su esposa.

La posición adoptada le permitió observar el animado ajeteo de gran cantidad de personas que caminaban apresuradamente, y de ese modo asistió a un curioso incidente. Un chiquillo que corría, jugando entre la gente, tropezó con dos hombres e hizo caer de la mano de uno de ellos una jaba, lo cual produjo un estrepitoso entrechocar de botellas.

El niño apenas se detuvo por el impacto, pero al ver la iracunda expresión que se retrató en uno de los individuos, puso de inmediato pies en polvorosa para escapar por milímetros de un insolente manotazo.

Aunque no justificaba al muchacho, a Alberto no le gustó la reacción agresiva de aquellos individuos, pero comoquiera que no tuvo consecuencias, se abstuvo de decir algo y pudo oír lo que expresaban. El que no había hecho ningún gesto lanzó una imprecación y agregó, en tono de protesta:

—Te lo dije, Chino, que mejor que estar cargando de tan lejos era tomárnoslas allí... a ver si ahora se rompió alguna...

El llamado por Chino registraba, medio agachado, la bolsa. Tenía el pelo muy negro y lustroso, sin dudas por el excesivo uso de grasa; la piel, morena.

—Está bueno, mi compadre, no se rompió nada...

Al decir esto se incorporó, y Alberto pudo observar unos ojos rasgados, cubiertos de arrugas, y una sonrisa torcida que permitía ver un casquillo dorado en uno de sus dientes. Enseguida el Chino agregó:

—...y suerte que el Jabao nos resolvió éstas, que si no, teníamos que comer secos. No te canses protestando, Emilio, que en la esquina llegamos a la mitad del camino y te toca a ti. Esto pesa cantidad.

—Sí, mi hermano, pero en la escalera cogemos los dos —respondió el otro—. Y vamos, que quedamos en ir por la noche para echarnos otras con el Jabao en la cervecera... Vamos echando, mi socio.

Comenzaron a alejarse, y las últimas palabras se perdieron entre expresiones jocosas. Alberto iba a comentar algo con su esposa, pero del otro lado del teléfono le respondieron y varió su atención. Un momento después le dio las gracias a la persona con quien había hablado, y colgó el auricular.

—Dice que en casa de Wilfredo no hay nadie —explicó.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella dudosa.

—Mejor será volver para la casa, que ponernos a inventar a dónde ir. ¿No crees? —respondió.

Alberto la tomó del brazo para reiniciar la marcha. Gloria asintió encogiéndose de hombros, y por breve tiempo caminaron en silencio. Al fin, ella sacó a colación el incidente ocurrido un rato antes.

—¿Viste eso de los hombres con el chiquillo —dijo—. Aunque él tuvo la culpa, no era para que sin más ni más le lanzara un galletazo... Suerte que se escapó rápido... ¡Qué abusadores!

Alberto se mostró conforme con lo que expuso su esposa y se quedó pensando en el suceso. Sin darse cuenta por qué, sentía un profundo malestar al recordarlo y le chocaba, sobre todo, la imagen del llamado Chino, al que le pareció conocer, sin poder concretar en qué lugar había sido.

El trayecto hacia la casa estuvo matizado por conversaciones comunes, aunque en varias ocasiones Alberto recordó nuevamente el rostro del hombre,

con la molesta ansiedad que le provocaba. Incluso llegó a plantárselo a su esposa, pero ésta obvió el asunto como una asociación intrascendente.

Al llegar a su vivienda, la desagradable impresión había alcanzado en Alberto una agobiante persistencia y, sentado en la sala, mientras Gloria hacía café, se esforzó por descifrar, de una vez por todas, la naturaleza de ésta.

De repente, la claridad se abrió paso en su pensamiento y tras un instante de alarmante duda, quedó estupefacto al recordar dónde había visto antes aquel rostro.

—¡Gloria, Gloria, corre, ven acá un momento! —gritó poniéndose de pie, y comenzó a pasearse febrilmente.

Gloria, intrigada, vino hacia la sala.

—Pero, ¿qué pasa?... ¿Qué bicho te ha picado ahora?

Alberto detuvo por un momento su agitado paso y la obligó a sentarse.

—Fíjate, escúchame con atención, pues he descubierto algo muy importante...

Hizo una pausa pero Gloria no lo interrumpió.

—¿Recuerdas, cuando llamábamos por teléfono, al hombre a quien el niño le tumbó la jaba?

—Sí... pero ¿qué pasa? —respondió ella intrigada.

Alberto la miró fijamente mientras respiraba con profundidad. Achicando los ojos, como mirando más lejos, pronunció estas palabras:

—Ese hombre fue el que me torturó a mí y a muchos otros, cuando estuve preso varios días en diciembre de 1958... el mismo que sacó del grupo, en un viaje del que no regresaron nunca, a mis compañeros José Aguirre y Tony Mesa, poco antes de que se lograra nuestra libertad.

Gloria recibió la noticia en silencio, mientras recordaba la historia de aquellos días: casi en vísperas del triunfo, la célula clandestina en que militaba Alberto había sido capturada, y si algunos de ellos estaban hoy vivos era gracias a la victoria popular del Primero de Enero, aunque ésta llegara demasiado tarde para los dos camaradas que Alberto mencionara con anterioridad.

—Estoy seguro de que es él —prosiguió Alberto, presa de gran agitación—. Esa piel oscura, esos ojos, ese gesto torcido de sarcasmo que deja ver su

diente de oro... es el mismo, sólo que el tiempo transcurrido, y el estar más gordo y avejentado me confundieron... Aquellos asesinos, capturados después del triunfo, pagaron con sus vidas el último crimen, pero faltaba él, de quien llegamos a pensar que había escapado hacia el Norte... pero hoy yo lo he encontrado y...

La frase quedó en el aire. La imagen de sus compañeros caídos, de todos aquellos momentos y el repugnante rostro del torturador, que se agitaba sobre los cuerpos maltrechos y heridos de los jóvenes revolucionarios, encendieron de coraje su sangre.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Gloria, y sus palabras detuvieron el inquieto paseo de Alberto.

Dejados atrás los duros años de la clandestinidad y la efervescencia del triunfo, su vida había tomado otros cauces, en los que el estudio y su trabajo como periodista lo habían alejado de situaciones de esta índole, y, por un momento, la pregunta ¿qué hacer? absorbió sin respuesta su pensamiento. En realidad, la identificación debía ser confirmada. Él no conocía dónde vivía el asesino, sino tan sólo una zona que incluso pudiera no ser la de su casa. Con tal falta de elementos no se atrevía a formular una denuncia ni siquiera ante algunos amigos que tenía en los órganos investigativos del Ministerio del Interior... ¿Qué hacer?

Recordó de pronto la referencia hecha por los hombres acerca de que irían más tarde a la cervecería, y adoptó una decisión.

—Voy a ir a la cervecería donde se reunirán esta noche. Así podré comprobar si es él y tratar de conocer dónde vive, para poder denunciarlo oficialmente.

Gloria se sobresaltó.

—Pero, Alberto, estás loco. No te metas tú en eso.

—No hay peligro, Gloria —la interrumpió él—. De ninguna forma se acordaría de mí, y tengo necesidad de hacerlo.

Durante un buen rato ella intentó persuadirlo, pero su decisión ya estaba tomada. Por último trató de acompañarlo, pero también fue infructuoso su empeño.

Finalmente, aun en contra de la voluntad de su esposa, Alberto salió. En su mente y corazón llevaba el fuerte acicate del recuerdo, del sufrimiento

propio y el de sus compañeros.

Gloria quedó sumida en un mar de inquietud. Ahora que él se había ido, le pareció más disparatada su conducta, pero ya era tarde. Se dio a la tarea de ocuparse en algo de la casa, recordando una y otra vez las tranquilizadoras explicaciones que le diera él sobre lo inútil de su preocupación.

Alberto se encontraba en una mesa de uno de los extremos de la cervecera. Sorbía lentamente de su jarra el espumoso líquido, pero sólo tenía su pensamiento y su vista puestos en un grupo que bebía con entusiasmo, a unos diez metros de él, en otro ángulo del salón.

—Hacía un buen rato que había comenzado su vigilancia y ya tenía cada uno de los gestos de su hombre grabados en la conciencia, con la plena convicción de haberlo reconocido. Ahora sólo esperaba que salieran para seguirlos y saber dónde vivía. Unos minutos antes, el Chino se había levantado y Alberto pensó con alarma que se retiraba, por lo que con cierta precipitación se encaminó, entre los ruidosos clientes, hacia una de las salidas. Sin embargo, su observado regresó al sitio donde estaba bebiendo, y él también retornó a su puesto, e hizo caso omiso de la extrañeza que esto pudiera causar entre sus incidentales compañeros de mesa. Todo lo que era ajeno a su objetivo, lo tenía sin cuidado.

Esta situación, sin embargo, tenía más importancia de la que él le concediera.

Si bien para el numeroso grupo de trabajadores que acudía al lugar a refrescar un poco, tras concluir su jornada laboral, podía pasar inadvertida su presencia, a algunos elementos que acudían asiduamente, sí les llamó la atención desde su inicio el sujeto desconocido, de apariencia elegante, que se sentara callado a observar y beber con lentitud, aislado de todo, o de casi todo lo que lo rodeaba.

De ese modo, un hombre que se encontraba muy cerca de Alberto pudo, con facilidad, por la insistencia de sus miradas, establecer cuál era, sin dudas, su objeto de interés, y como quiera que era conocido del Chino, le informó a éste de sus sospechas. La falsa y tantas veces tortuosa amistad que se

establecía entre antisociales y la desconfianza perenne que rodeaba a estos sujetos, se puso en marcha en forma inadvertida.

A partir de ese momento, sin que Alberto se percatara de ello, el Chino y sus acompañantes desarrollaron un hábil estudio sobre su persona, que incluyó, como una comprobación más, el falso amago de salida que hiciera éste. Para ellos ya no quedó ninguna duda de que debían aclarar el sentido que tenía aquella vigilancia, y si bien, inicialmente, uno del grupo, más belicoso y pendenciero, pretendiera ajustar cuentas allí mismo, se impuso, por lo raro de la situación, la idea de buscar un momento que les fuera más propicio. Con malsana habilidad, comenzó a concebirse un artero plan.

Lejos de allí, aún sin conocer las circunstancias en que se hallaba Alberto, en Gloria había terminado por derrumbarse el precario sentimiento de seguridad que antes tuviera, y resolvió pedir ayuda de inmediato.

De ese modo, no dudó un instante más en llamar a un viejo amigo de ambos, David Miranda, quien desempeñaba sus funciones como oficial investigador de la Policía Nacional Revolucionaria. Sin dudas, nadie mejor que él podría auxiliarlos en momentos como aquéllos.

Por fortuna, Miranda se hallaba aún en su oficina, y con breves palabras Gloria lo puso al corriente de la decisión tomada por Alberto. Más que el hecho mismo, cuyos detalles no expuso y que así expresados podían parecer de menos gravedad, resultó convincente la gran ansiedad que se traslucía en la petición de la mujer, y acordaron que él pasaría cuanto antes por la casa, para imponerse mejor de la situación y decidir qué podían hacer.

A pesar de que sólo quedaba esperar por su llegada y de que confiaba en la capacidad y el juicio de David Miranda, Gloria no quedó totalmente tranquila. Los minutos, que transcurrían con ritmo inexorable, resultaban su peor enemigo.

Por su parte, Alberto seguía ajeno a toda la confabulación y se sentía seguro de no haber sido descubierto, por lo que cuando observó que el Chino y los suyos se levantaban, esta vez con la inequívoca intención de marcharse, puso

en marcha la segunda parte de su plan, y con mayor seguridad esta vez, salió tras ellos.

Ya en la calle, observó a una cuadra de distancia al grupo, que marchaba con lentitud hacia una zona menos concurrida, y al verlos doblar una esquina apresuró el paso. Al llegar a aquel punto se detuvo un instante a observar la calle por donde se internaran, y vio poco más adelante las figuras, que continuaban su camino.

Sin embargo, la oscuridad y su propia expectación le impidieron detenerse a precisar si el número de los que seguía era el mismo que antes, y avanzó decidido cuando reconoció entre los que se alejaban al Chino. Al acercarse a un auto que se hallaba parqueado, no le concedió importancia a dos hombres que se encontraban allí, con lo cual cometió un error decisivo.

Justo en el momento en que Alberto pasaba junto a éstos, la situación que él creía dominar dio un vuelco, y la dura realidad estalló en su conciencia.

Con rapidez, uno de los hombres que se hallaba junto a la máquina, le rodeó el cuello con su brazo, y lo atenazó. Mientras el otro pegaba junto a su estómago un objeto filoso y frío y lo conminó a permanecer callado.

A la señal de un silbido, el Chino y su acompañante retrocedieron, y en unos instantes se reunieron con ellos. Alberto reconoció al que por la tarde había visto cargando las cervezas.

—¿Qué te traes, «blanquito»? ¿A santo de qué esta vigilancia? —espetó uno de ellos junto a su cara, y Alberto sintió su aliento alcohólico.

Se mantuvo callado mientras su corazón latía con violencia. Lo mantenían en una forzada posición y ni siquiera intentó moverse. Otras dos preguntas, de tono amenazante, pasaron sin que hubiera respuesta.

El que acompañaba al Chino le lanzó una injuria y comenzó también a interrogarlo, pero este último lo detuvo, y dijo:

—Aguanta, consorte, que el asuntico del «gallo» parece que es conmigo. Hay que saber qué se trae, pero primero vamos a ver quién es.

Registró a Alberto para ver si estaba armado y revisó sus documentos. Aparte del dinero, que sin titubeos guardó en su propio bolsillo, les llamó la atención la credencial de periodista y el carné del Partido.

—¿Qué, comunista, quieres hacernos un reportaje? —dijo uno de ellos riendo con sorna.

El carné rojo en las manos del Chino hizo intolerable la situación de sometimiento para Alberto e inició un forcejeo; pero rápidamente fue sometido a la impotencia. Al calor del esfuerzo, lanzó unas palabras cargadas de ira.

—Esbirro... asesino.

Las palabras calaron golpeantes en la mente del Chino y la referencia le descubrió de pronto el sentido de la conducta de Alberto. Su brazo se movió hacia atrás y lo golpeó con fuerza en la boca como para acallar sus palabras.

Después miró con desconfianza a los otros y se detuvo en un silencioso entendimiento con el que tenía a su lado, lo que Alberto interpretó como que quizás no todos ellos dominaran su pasado. El que se hallaba junto al Chino asintió con la cabeza y le dijo.

—Ya me doy cuenta... es eso.

La situación había cambiado y tenía, por tanto, un cariz más peligroso para ambas partes.

—Ve a buscar el carro y recógenos aquí, Pedrito —ordenó el Chino—. Tenemos que sacarle si está con otros, y para eso este lugar no es el mejor.

Y enseguida, con una expresión hipócrita, agregó:

—Aunque no le hagamos nada, así evitamos complicaciones.

En el tiempo que demoró en venir la máquina, Alberto se dedicó desesperadamente a pensar en alguna salida para aquella situación.

Decidió esperar algún momento propicio y mantenerse tranquilo por ahora. No sabía con claridad qué hacer, pero trataría de sacar provecho del secreto que conocía. No podía provocar una acción violenta. Se percató de que corría un peligro de muerte.

Estos pensamientos no le permitieron observar, cuando pasaba en el auto junto a la cervecera, que de una máquina que acababa de estacionarse allí, descendían su esposa y su amigo David Miranda.

Una breve mirada bastó a los recién llegados para comprobar que Alberto no se encontraba en el lugar.

—Aquí no está... —pronunció Gloria y miró a David con una súplica.

Éste le puso una mano tranquilizadora en el hombro y le indicó:

—Ve para la máquina y espera. Veré si puedo averiguar algo. —Y dicho esto, entró en el lugar.

Para el propio Miranda no estaba clara la conducta que se debía seguir. Por una parte, podía tratarse de una alarma injustificada y él era enemigo de crear estas situaciones; pero por la otra, el miedo que comprobara en Gloria, la amistad con Alberto, y lo peligroso que podía resultar el caso en que se hallaba su amigo, lo impulsaban a actuar.

Una vez que localizó al administrador, se identificó y pasaron al interior del establecimiento. Comprobó que el hombre era de confianza y sin más dilación le planteó su interés.

—Quisiera conocer, si es posible, si aquí se encontraba hoy por la noche cierta persona, y qué puede haberse hecho de él. Sé que es difícil, pero quizás los dependientes lo recuerden. ¿Podría hablar con ellos?

El administrador asintió dispuesto, y los dos dependientes del salón pasaron a su presencia. Conciso y aparentando rutina y naturalidad en su indagación, les describió a Alberto, y les explicó lo que quería saber. La posibilidad de que se fijaran en él no era tan remota en lugares donde los empleados se acostumbran a ver siempre las mismas caras, y a muchos los conocen personalmente. En efecto, el empleado que limpiaba las mesas en el área donde se sentó Alberto lo recordó con claridad; pero no pudo aportar nada más. Ante la insistencia de David, concluyó:

—No; yo sólo sé que estuvo aquí un buen rato. Hace poco no lo vi más y pensé que se había marchado. Que yo sepa no hubo nada más con él.

Con estos datos David Miranda no adelantaba mucho en su investigación. Ahora debía hacer la indagación más delicada.

—¿Conocen ustedes a un ciudadano al que llaman el Chino, de unos cuarenta y pico de años, de ojos achinados y moreno? Tengo entendido que estuvo hoy aquí con uno al que le dicen Jabao y otro más. ¿Es así?

Aunque sin mucha presteza, el que había respondido antes, asintió.

—Sí... lo conozco de haberlo visto antes. Estuvo aquí con otros, entre ellos un tal Emilio y otro que es chofer de alquiler; pero del Jabao ese, sí no sé. También se fueron hace poco.

Emilio había sido el otro nombre que oyera Gloria por la tarde, y al pedir su descripción coincidió con la que ésta hiciera, por lo que Miranda estuvo

seguro de que eran los mismos. Sin embargo, los de la cervecería no supieron darle ninguna relación entre ellos y Alberto durante el tiempo que permanecieron allí. Por último preguntó:

—¿Dice usted que salieron hace poco también?

—Sí, pero a lo mejor regresan, porque ellos se fueron a pie, y me fijé que no salían a buscar el carro, que está allí todavía.

Al decir esto, el hombre se inclinó un poco hacia atrás y miró por la puerta del local en un gesto comprobatorio, pero en eso se detuvo, observó mejor y rectificó:

—¡Ah, no! La máquina ya no está ahí, así que seguro viraron después y yo no me fijé... Imagínese, yo estoy en mi trabajo —finalizó como disculpándose.

Miranda se cercioró también de que no había ningún auto de alquiler afuera. La esperanza que por un momento lo asistió, se vio desplazada por un sentimiento de inquietud. Otras preguntas a los dependientes, en busca de nuevos datos, tuvieron poco éxito: del Chino y sus amistades no sabían nada más, y tras indicarles a éstos que no comentaran ni se alarmaran por lo que les había preguntado, pues no existía ningún problema grave, se retiró.

Al salir del establecimiento se llevaba la confirmación de que habían estado allí, la descripción de un auto de alquiler y la certeza intuitiva de que algo andaba mal.

Sin embargo, al explicarle a Gloria lo que había sabido, ocultó sus sospechas, pues ya ella se encontraba bastante inquieta.

De nuevo, la mujer lo apremió expectante:

—Tenemos que hacer algo, David. Alberto puede correr algún peligro —y casi consigo misma agregó—: Si supiéramos dónde fueron, o al menos dónde vive el asesino ese...

Sobre esto último ya Miranda había pensado bastante desde que Gloria le relatara en detalle cómo transcurrió el accidental encuentro de por la tarde, y ahora debía hacer algo de inmediato. Cualquier dilación podía tener consecuencias irremediables.

Alberto se encontraba maniatado en una habitación de una casa en el reparto Alamar, adonde lo habían conducido. Lo vigilaba el chofer del auto, llamado Pedrito, mientras que el Chino y Emilio se encontraban en otro cuarto desde hacía un rato. El Jabao no había ido con ellos.

Lo habían golpeado, tratando de que explicara claramente qué buscaba y, sobre todo, quiénes estaban de acuerdo con él.

Alberto se había trazado una línea de conducta que le diera el mayor tiempo posible antes de que se decidieran a eliminarlo. Para lograr esto negó, inicialmente, toda intención de vigilarlos para después ir insinuando, sin decirlo de un modo claro, que no actuaba solo; de manera que el Chino tratara por todos los medios de conocer hasta qué punto estaba descubierto.

Durante ese tiempo se había dado cuenta de que Pedrito no sabía el pasado del torturador, aunque actuaba de acuerdo con ellos en algunas actividades ilícitas, sobre las que se escaparon referencias; y estaba menos preocupado que los otros, por lo que insistía en eliminarlo rápidamente y esconderse por un tiempo, a fin de burlar la acción de la justicia ante un hecho de tal naturaleza. Sin embargo, los otros, limitados de poder hablar claro delante de él, a la vez se frenaban, al comprender que el asunto era más serio y delicado de lo que éste suponía.

De todas formas, la situación no podía dilatarse más —ya casi amanecía— y Alberto pensaba ahora desesperado que debía haber hecho algo antes.

Recordó las veces que pudo gritar en el trayecto, cuando aún estaban en lugares donde personas cercanas pudieran haber ayudado. Su última oportunidad había escapado en la misma entrada al reparto, donde el vigilante de tránsito se había fijado, quizás por distraer su mente, en el auto en que viajaban. Si hubiera hecho algo... si hubiera gritado... pero ya era tarde; dentro de poco ni siquiera esa última persona se acordaría que pasaron por allí, aun en el caso de que le llamara la atención... ni siquiera su esposa, que ya debía de estar alarmada, sabría buscarlo más allá de aquella cervecera, y mucho menos relacionarse con un lugar tan distante como el reparto Alamar.

Lo que más lo indignaba en esos momentos era que el asesino podía escapar impunemente. Recordó entonces, enardecido, las razones que lo llevaron a aquella situación y comprendió que a pesar de todo y aunque él no lo viera, Gloria podría lograr que el Chino fuera capturado y pagara por todo,

lo que le infundió confianza. Cuando sintió abrir la puerta, él también estaba decidido a hacer lo suyo.

Se levantó mientras el Chino y Emilio se acercaban, y esperó a que éstos hablaran.

Con un tono cargado de amenaza, el Chino dijo:

—Por última vez: o nos dices de dónde sacaste lo que sabes y quiénes más están al tanto, o te mato, coño.

Por un instante Alberto revivió el pasado. Entre aquellas cuatro paredes todo volvió a ser como antes: el asesino y su víctima, el viejo torturador que quería arrancar, con su sangre, un secreto, y el poder matar una vez más por conseguirlo. Nuevamente, allí, el crimen, dueño de toda la fuerza, frente a la voluntad de un hombre.

Pero esta vez Alberto podía hablar, porque fuera de aquel cuarto ya todo era distinto. Porque éste sería el último de sus crímenes y afuera pagaría, al fin, por todos juntos.

Con furia, Alberto exclamó, dirigiéndose al esbirro:

—Tú eres un asesino... en tu época de esbirro torturaste y mataste a muchos hermanos míos. En diciembre de 1958, yo mismo te vi sacar de la cárcel a dos de ellos para asesinarlos. —Su ira se había impuesto momentáneamente, y saltó sobre el Chino gritando—: Por Aguirre y por Tony... asesino.

Con el impacto rodaron ambos por el suelo y no pudo mantener sujeta entre sus manos la garganta que atenazara por un instante. A pesar de los esfuerzos de su contrincante, afincó con sus rodillas el cuerpo caído y golpeó desesperadamente, con los puños cerrados y la gruesa sogá que los sujetaba, la cara del asesino, cuya piel raspaba y laceraba una y otra vez.

Pero los otros dos intervinieron y una patada dio de lleno en el rostro de Alberto y lo lanzó hacia atrás, mientras otro pie se hundía en un costado de su cuerpo.

Desde el suelo, la vista nublada por un intenso dolor, Alberto percibió que el Chino se incorporaba furiosamente y arrebató de la mano de uno de ellos un cuchillo de ancha hoja.

Lo vio abalanzarse sobre él, al tiempo que sintió un estrépito hacia el lado de la ventana, seguido del estallido casi simultáneo de dos disparos.

A partir de ese instante, Alberto, medio atontado, apenas alcanzó a comprender el ritmo vertiginoso con que se sucedieron dos acontecimientos finales de aquella situación:

El Chino iniciaba el salto y su cuerpo se contrajo de pronto para caer enseguida sobre Alberto, pero sin vida ya, sólo por efectos del impulso iniciado. Pedrito se lanzó asustado sobre el piso con las manos en la cabeza, y Emilio inició una escapatoria, pero las voces que se escucharon en el otro cuarto indicaron que alguien lo había detenido ahí.

La figura familiar de su amigo David Miranda saltó por la ventana y corrió hacia Alberto, con la pistola aún empuñada, mientras llegaba otro policía, y tras él prorrumpía en la estancia, llorando y riendo al mismo tiempo, su esposa Gloria.

Haciendo caso omiso a sus preguntas, fue levantado cuidadosamente y trasladado a uno de los autos que esperaba afuera, donde tanto por el efecto de los golpes, como por la tensión vivida, perdió el conocimiento.

Después de ser curado en un hospital, Alberto Gutiérrez había llegado a su casa para reponerse. Aunque bastante magullado, no tenía fractura o lesiones de mayor importancia y, a pesar de sus dolores, no permitió que por más tiempo Miranda y Gloria, que le acompañaban, lo tuvieran ajeno a la forma en que habían logrado descubrir lo que pasó.

—En primer lugar —dijo Miranda en lo que no logró ser reproche—, se debe a tu esposa, que actuó con mucha más sensatez que tú e hizo lo que debía al llamarnos a nosotros.

Gloria, feliz, no hizo caso del elogio que le correspondía y relató cómo informó a Miranda sobre el caso y de qué manera llegaron a la cervecera, poco después de que fuera descubierto y secuestrado Alberto.

—Realmente fue una estupidez mía —reconoció éste—. Sin duda, no les fue difícil darse cuenta de que los vigilaba, pues en mí podían más las ansias por hacer justicia a mis compañeros, que la propia razón... Sin embargo, no me explico cómo ustedes pudieron dar con mi paradero. Es algo increíble todavía.

—No creas que nos fue fácil —explicó David Miranda—. Contábamos tan sólo con la conversación oída por ustedes y el dato sobre las características del carro. No obstante, desde tu casa y cuando nos dirigíamos a la cervecera, los detalles que me daba Gloria me fueron permitiendo trazar algunos elementos que ubicaban al perseguido. Al no encontrarte, me di rápidamente a la tarea de trabajar sobre ellos, pues aunque no lo reconocí ante tu esposa, ya yo estaba convencido de que corrías un gran peligro.

»Según Gloria, por la tarde ellos venían de buscar cervezas, y fue fácil determinar que en esa zona sólo dos lugares habían tenido existencias de cerveza en el día de ayer. Con el dato de que tenían un socio conocido por el Jabao, que es empleado del establecimiento donde había adquirido la bebida, supimos que se trataba del Pío-Pío que queda a unas tres cuadras del teléfono público que tú utilizaste, aunque ya ese ciudadano había terminado su turno de trabajo y los otros dependientes decían no conocer al tal Chino.

»En principio, pensé en ir a buscar al Jabao a su casa; pero era poco probable que estuviera allí si, efectivamente, se había encontrado con los otros. Por tanto, me lancé sobre dos elementos que, con un poco de suerte, me ubicarían la vivienda del Chino o de Emilio.

Después de una pausa, Miranda continuó:

—No sé si recordarás que por la tarde el Chino había dicho, cuando estaban cerca de ustedes, que llegaban a la mitad del camino, por lo que Emilio debía cargar las cervezas. Éste agregó que en la escalera lo harían los dos. Quedaba, pues, buscar, a partir del teléfono, alguna edificación a tres cuadras de allí, con escalera, que permitiera que dos hombres llevaran al mismo tiempo una jaba de ese tipo, porque de ser muy estrecha eso habría sido absurda. Por simple inspección vimos que existían tres edificios con esas características. Descartamos el primero por ser una escuela, fuimos al segundo de ellos a preguntar, y resultó ser el que nos interesaba.

»Se trata de un viejo edificio que servía de viviendas, como especie de cuartería, y allí interrogué al presidente del Comité. Con el sobrenombre, el hecho de que no debía de vivir allí antes del 59 y las características físicas, identificó al Chino y también a Emilio como vecinos del lugar y dio datos muy negativos, y a la vez interesantes, de estos individuos: eran sujetos

antisociales, de quienes se sospechaba que se dedicaban a acciones delictivas, junto con otros elementos como el Pedrito ese que me habían mencionado.

Alberto, expectante, escuchaba el relato de su amigo, mientras Gloria sonreía emocionada.

—Tratando de conocer otros datos sobre algunos de ellos, que, por cierto, comprobamos no se hallaban en el edificio —continuó Miranda—, el cederista mencionó que conocía que a veces se iban para una casa que Pedrito tenía en Alamar, para sus fiestas y negocios. Aunque la posibilidad era remota, no dejaba de tener sentido investigar, pues por sus condiciones podía resultar un buen refugio para ellos. Una vez en posesión de los detalles de cómo localizar el lugar, me encontraba en situación de seguir ese eslabón en esta precipitada cadena.

»Aun así dudé un momento en dirigirme hacia allá, pues de fallar, quedaría esta vez en cero y con una lamentable pérdida de tiempo que, de ser cierto tu secuestro, podía ser fatal. Por tal motivo, tomé antes algunas medidas cuyo resultado indirecto me confirmo qué hacer. Se circuló la orden entre los patrulleros de vigilar atentamente un carro con las características del de Pedrito y proceder, de considerarlo oportuno. Se advirtió que pudiera ser que llevaran a alguien secuestrado, cuya vida peligraba. Esto se hacía más bien por si se hallaban en otro lugar. Cuando me disponía a partir, sin esperarlo, el punto de control de tránsito de Alamar, reportó la presencia, hacía unas horas de un auto con semejantes características. No hizo falta más.

»El resto fue una desesperada carrera, pero, por fortuna, llegamos a tiempo, junto con otro grupo de combatientes que nos acompañaba. Rodeábamos cautelosamente la casa, en cuyo frente estaba parqueada la máquina de alquiler que nos confirmaba la presencia de ustedes, cuando oímos la discusión. Pudimos salvarte por fracciones de segundos.

La emoción embargaba al grupo, cuando David Miranda terminó su relato. Al cabo, Alberto extendió su mano y dijo:

—Gracias, hermano. El resultado final es que ese asesino ya pagó por sus crímenes. Gracias, en nombre de mis compañeros caídos.

—Y en nombre nuestro también, David. Me has devuelto la felicidad tras esta noche de pesadillas.

David Miranda, sonriente, objetó:

—No; las gracias no van a nadie en particular. Piensen que detrás de todo esto está la acción de muchos. Tú mismo, Alberto, a pesar de tu absurda insensatez, lograste tu fin. Y recuerda otra vez que esta lucha contra el delito es de todos; pero que nuestros órganos están creados precisamente para dirigirla. Casi agregas otra víctima a la dramática lista de crímenes cometidos por el Chino. —Por un momento quedó pensativo y después agregó alegre—: Por cierto, tú que eres periodista, podrías escribir algo sobre este hecho. Si te decides, ahí ya tienes un buen título en qué pensar.

Sus interlocutores mostraron interrogación.

—¿Cuál? —preguntó Alberto.

—¿Cuál?... Piensa que tu caso estuvo a punto de convertirse esta madrugada en «el último crimen»...

Con lujo de detalles

7:30 p.m., martes 6 de octubre.

A pesar de que la estación del verano prolongaba usualmente en esos días las horas de iluminación solar hasta pasadas las ocho de la noche, el breve, pero intenso aguacero había precipitado las penumbras del crepúsculo sobre la ciudad, la cual, recién comenzaba a animarse nuevamente en sus principales arterias, con el ir y venir de los transeúntes que desafiaban la fina llovizna remanente.

En el barrio de Lawton, alejado de las zonas de más actividad nocturna de la capital, resultaban mayores los incentivos de la vida familiar, por lo que ésta palpitaba puertas adentro, y sólo se revelaba a través de las ventanas dispersas, que proyectaban sus rectángulos de luz hacia las oscurecidas calles y dejaban escuchar, de vez en cuando, las voces animadas de sus moradores, o el sonido de los telerreceptores con sus programas de preferencia general.

No eran las anteriores, sin embargo, las razones que retenían en la pequeña sala-comedor de una casa a tres personas —dos mujeres y un hombre. Allí, el ambiente, de cierta tensión, servía de marco a una conversación de tema poco usual en la vida cotidiana/

—¿Así que por fin se va mañana, Rosa?

La pregunta la había formulado, algo inseguro, el hombre. Un sujeto de elevada estatura, joven y fuerte, de un abundante pelo crespo que denotaba su ascendencia mestiza, a pesar de sus finas facciones y la piel blanca. Se había dirigido, mientras permanecía de pie con las manos en la cintura, a una muchacha que lo observaba desde un sofá frente a él. La joven echó hacia atrás un mechón de su cabellera negra de reflejos rojizos, al tiempo que respondía suspirando:

—Así es. Mañana vuelvo a mi pueblo a ver cómo me van las cosas por allá.

—Que seguro te irán bien, chica. De eso ya hemos hablado —intervino la otra mujer, que había traído una taza de café para el hombre, a quien se dirigió a continuación—: Raúl, Rosa no acaba de entender que ya no tiene que preocuparse más por el pasado, y que a partir de ahora podrá comenzar de nuevo su vida.

El optimismo en la voz sonaba algo exagerado, como cuando se quiere infundir ánimos a otra persona. Sólo hubo un suspiro por respuesta, mientras el hombre, sorbiendo el café despaciosamente, justificaba su silencio, a la vez que ganaba tiempo para meditar su próxima frase.

Fue la propia Rosa quien, sacudiendo la cabeza, esbozó una sonrisa y expresó:

—Bueno, no se inquieten por eso... y sobre ustedes, ¿qué? ¿Cuándo se casan?

—¿Quién lo sabe? —respondió la otra, y con cierto reproche agregó—: Raúl no transige en eso de querer resolver mil cosas antes: agrandar la casa, habilitarlo todo, etcétera, y para eso habrá que esperar un buen tiempo, pues tenemos que mejorar el problema económico... Aunque por mí sería mañana mismo.

A pesar de la insinuación, el hombre no varió el aire preocupado que adoptara al abordarse el tema.

—Si ustedes quieren yo podría prestarles algo...

Rosa no pudo terminar su ofrecimiento, pues Raúl negó con la cabeza y explicó que él no creía que de esa forma resolverían los problemas, y que sería mejor no desesperarse.

Elsa, con un gesto de resignación, salió hacia la cocina y se produjo un silencio.

Mientras Rosa volvía a abstraerse, Raúl encendió un cigarro y exhaló el humo hacia arriba con lentitud.

—¿Y se quedará aquí esta noche? —preguntó al fin.

—No quiere, Raúl... Le he insistido para que lo haga, pero de todas formas quiere irse para su casa.

La otra joven, regresando a la sala, se encargó de responder. Su desenvolvimiento en el lugar, su aspecto, y sus palabras, la identificaban como la dueña de la casa.

Como despertando de su ensimismamiento por la última frase, Rosa intervino:

—Sí; creo que es mejor. De todas formas, aún tengo que recoger algunas cosas, pues saldré mañana muy temprano... casi que ya me marchó.

El joven se levantó y, cambiando bruscamente el tema, inició su despedida;

—Bueno, Elsa, me retiro. Ya es tarde y empiezo a trabajar a las nueve... Adiós, Rosa, y que todo te salga bien.

Dicho esto, se encaminó hacia la puerta acompañado por Elsa, quien lo tomó del brazo. Al regresar a la sala, esta última se sentó junto a Rosa y le dijo en un tono más íntimo:

—Veo que no logras rebasar las preocupaciones. Te veo triste y no decidida, como habíamos quedado.

Rosa iba a iniciar una protesta cuando el timbre del teléfono la detuvo. Elsa fue a contestar.

—Oigo. Sí... Ah, es usted... ¿Qué desea?... No se oye bien...

Al identificar a la persona con quien hablaba, el cambio extraño de su tono y la mirada furtiva que echó a Rosa, llamaron la atención de esta última.

—...Rosa está aquí... ¿Prefiere hablar con ella?

Tras un instante, tapó con la mano el auricular y se dirigió a la muchacha.

—Rosa, es Carlos. Quiere hablar contigo.

Rosa se levantó, no sin cierta vacilación e interrogó con la mirada a su amiga. El temblor de los labios y su expresión acusaban el conflicto interior.

De pronto se produjo un apagón y todo se oscureció en la estancia, lo que provocó una exclamación de sorpresa en ambas.

—¿Qué ha sido eso?!... No, es que me cogió desprevenida... Sí, debe de ser eso, pues parece ser general... Sí.

Rosa se percató de que Elsa respondía a alguna aclaración que le hiciera el hombre del teléfono; pero ahora el tono de la voz de esta última varió para decirle:

—Habla con él, pero se fuerte.

Rosa cogió el teléfono. Al rozarse sus manos, ambas pudieron percibir un temblor mutuo.

—¿Dígame?...

Había arrastrado intencionalmente la palabra, como estableciendo de antemano la distancia.

—...Muy bien. ¿Qué quiere?... Mañana por la mañana... No... No, además no me quedaré aquí —hubo una pausa mayor—. Puede estar seguro de eso... No tengo más que hablar.

Aún escuchó durante algunos instantes y, sin despedirse, colgó.

Durante los breves momentos de conversación en penumbras, casi podía palpase la tensión que embargaba a Rosa. Apenas cortada la comunicación, sus defensas cedieron y rompió en sollozos.

Elsa comenzó a consolarla con frases de ánimo, que por fin tuvieron su efecto. Minutos después, con la voz algo entrecortada todavía, Rosa enjugaba sus lágrimas mientras concluía:

—Es que ha sido mucho lo que he sufrido, Elsa... Pero ahora sí que eso está terminado.

Se irguió con decisión y se dispuso a marcharse. Antes de hacerlo, Elsa le reiteró que se quedara allí aquella noche, porque estaba muy nerviosa; pero nuevamente la rechazó y le explicó que se debía al susto del apagón.

—Despídeme de ellos... Te escribiré en cuanto sepa cómo podrán irme las cosas por mi pueblo y esté en condiciones de tomar una decisión definitiva.

Después, salió a la calle. Elsa cerró la puerta y se apoyó en ella pensativa. En su fuero interno se debatían contradictorios sentimientos de preocupación.

Mientras, no muy lejos de allí, Raúl caminaba aprisa y sus pensamientos giraban en torno a Rosa. Sin conocer los últimos acontecimientos ocurridos en casa de Elsa, pensaba en las condiciones que aquélla tenía en sus manos, sin saber aprovecharlas. Eran las ocho de la noche.

Apenas unos quince minutos más tarde —con paso lento por las calles oscuras— Rosa había llegado casi a su casa y aún no lograba poner en orden sus ideas.

Meses de conflictos cruzaban por su mente, en los que se mezclaban indiscriminadamente las imágenes de sus padres, de Carlos, su tía y la escena vivida poco antes.

A pesar de destellos de optimismo, se veía asaltada con persistencia por la desolación y una pregunta martillaba en su mente con fuerza: ¿valdría la pena reiniciar toda su vida a pesar de la carga del pasado?... Y más aún: ¿sería capaz de hacerlo?...

No lograba hallar las respuestas.

Unos metros la separaban de su puerta cuando la resolución se abrió paso entre sus confusas impresiones. Aceleró los movimientos y, sin dudar, entró en la casa, como quien se ha fijado una decisión largamente aplazada.

9:20 p.m.

Con cierta precipitación, Raúl Cobas marcó la tarjeta de entrada al trabajo, pues llegaba retrasado y ello aumentaba su preocupación.

Al observar su rostro, uno de sus compañeros, al cruzarse con él, le preguntó:

—¡Eh, compadre! ¿Te cogió el agua?

—¿El agua?... ¡Ah, sí!... y el transporte, que está malísimo. Figúrate...

—respondió absorto, y casi sin detenerse.

Después siguió presuroso su camino, mientras el otro se encogía de hombros ante tan socorrida excusa.

9:35 p.m.

El taxi desembocó por la entrada de la Base y tras el rechinante sonido de los frenos, se detuvo en forma brusca.

El chofer se apeó, cerró el carro y se dirigió hacia la oficina. Parecía apurado y algo ansioso.

En poco tiempo despachó su trabajo del día, y apenas contestó a las preguntas de sus compañeros. Ante un comentario irónico de uno de ellos, dio por concluido el intercambio y respondió mal humorado:

—Déjenme tranquilo, caballeros... No me pasa nada. Es que manejar de noche con el pavimento mojado me pone nervioso... nada más.

11:00 p.m.

A la salida de un teatro, los espectadores, en su mayoría jóvenes, se dispersaban en pequeños grupos aislados y comentaban la obra que acababan de ver. Algunos se apresuraban, de regreso a sus casas, mientras otros se entretenían durante más tiempo, por mayor apasionamiento de opiniones o por saludos casuales con personas conocidas. A estos últimos pertenecían tres mujeres y un hombre que, habiéndose encontrado en la puerta de salida, intercambiaban expresiones convencionales.

Su charla se prolongó por varios minutos hasta que el hombre y una de las muchachas se despidieron cortésmente y se alejaron de la gente que aún quedaba por allí.

Poco después, la pareja se enfrascaba, interesada, en una conversación sobre la obra teatral, mientras caminaban lentamente.

12:30 a.m., miércoles 7 de octubre.

David Miranda, oficial investigador del Ministerio del Interior, cerró la puerta de su oficina, y luego de estampar —con gesto habitual— el sello metálico en la minúscula chapa con plastilina y cordel, que servía de medida de seguridad, se dirigió hacia la salida del edificio. En su portafolios llevaba la dirección donde debía presentarse de inmediato; y en su mente, la breve información recibida poco antes acerca de los hechos que investigaría: En un apartamento de Lawton se había descubierto, hacía algo más de dos horas, el cadáver de una mujer.

Después del breve trayecto, no le fue difícil encontrar el lugar. Un suceso de esa índole no era una noticia común, por lo que la gran cantidad de curiosos que se agolpaba en los alrededores de la pequeña vivienda, le sirvió de inequívoco índice acerca del sitio que buscaba.

Al entrar, reconoció a su compañero Noel, quien había llegado poco antes para dirigir las averiguaciones iniciales, y una vez reunidos, después de una

breve inspección en el cuarto donde se hallaba el cadáver, Miranda quiso conocer todas las informaciones acopiadas hasta el momento. Se instalaron en la pequeña sala convertida en improvisado despacho, y Noel pasó a explicarle:

—En breve resumen, éstas son las informaciones esenciales que se han obtenido: Alrededor de las diez y treinta de la mañana, la ciudadana Elsa Reyes, quien se había quedado al cuidado de este apartamento, descubrió en esa habitación el cadáver de su amiga Rosa Roig, a la que creía de viaje hacia el pueblo de Rodas, en Las Villas. Lo único que hizo fue comprobar que, efectivamente, se hallaba muerta y corrió a avisar a los vecinos, quienes dieron parte a la policía y preservaron el lugar. Las inspecciones iniciales dan como resultado que la mujer debió de fallecer entre las ocho y las diez de la noche del día de ayer, al parecer, envenenada. Tanto la puerta del fondo como las ventanas estaban cerradas por dentro y no habían sido tocados los objetos de valor. La única falta detectada es la de una gruesa suma de dinero que según la propia Rosa le mostrara a Elsa, ascendía a dos mil trescientos pesos, y que, en apariencia, fue quemada en una lata de la cocina, donde se puede ver gran acumulación de cenizas pertenecientes, sin lugar a dudas, a papeles o billetes, e incluso se hallaron algunos restos chamuscados de estos últimos, de diez y veinte pesos.

Como si quisiera comprobar si se había expresado con claridad, Noel hizo una pausa, pero al ver que Miranda sólo asintió levemente con la cabeza mientras permanecía en silencio, continuó:

—La víctima residía sola en esta casa desde el fallecimiento de su tía, ocurrido tres meses atrás. Según la declaración de Elsa, su amiga íntima, el viaje de Rosa a Rodas obedecía a que había decidido regresar a casa de sus padres, luego de romper las relaciones amorosas que sostenía con un tal Carlos Contreras. Estas relaciones fueron bastante problemáticas por las características del sujeto, quien según Elsa, sólo quiso burlarse de Rosa, e incluso, al parecer, tiene antecedentes penales o algo de eso. También está la circunstancia de un primo de la joven, nombrado Jorge Roig, con el que había tenido problemas serios por sus pretensiones acerca de los bienes de la tía fallecida. El caso es que todos estos trastornos después de la muerte de la tía

y, sobre todo, el rompimiento con el novio, habían alterado mucho a Rosa y desde hacía algún tiempo se hallaba sumamente deprimida y angustiada.

—El cuadro que me has pintado acerca de los problemas de la joven es bastante negro... ¿Qué más hay?

—Eso es lo más relevante hasta ahora. Los detalles podremos verlos después en el informe. También falta el resultado de los peritajes y la autopsia —respondió Noel.

—¿Qué peritajes se ordenaron?

—Bueno, el trazológico, aunque no se han encontrado huellas dactilares que parezcan tener relación con el hecho. Por otra parte, ordené un análisis químico de restos de café encontrados en una cafetera y en una taza, el de un pomo de leche ya empezado y el de las cenizas halladas en la lata de la cocina.

Quedaron en silencio mientras Miranda hacía algunas anotaciones en su libreta de trabajo. Al finalizarlas subrayó varias partes, tras lo cual expresó:

—Todo ello parece responder a una versión que has conformado. ¿Cuál es tu idea?

Noel pensó un minuto con escrutadora expresión. Rápidamente pasaban al plano de las hipótesis, y la experiencia debía rendir sus frutos. Con habilidad comenzó a presentar la versión esbozada en su mente:

—Pues verás. Sin descartar otras versiones, que también debemos investigar, hay indicios acerca de la posibilidad de que haya sido un suicidio. No existe signo alguno de violencia o de movimiento de otra persona en el lugar; los problemas afrontados por Rosa parecen ser de la índole de los que conducen a algunas personas débiles o en especiales estados de tensión, a acciones como éstas. El dinero había sido una fuente de conflicto, pues según la propia Rosa le confesara a Elsa, había hecho sus ahorros con la idea de casarse con Carlos y ante la frustración experimentada, lo identificaba como una causa de sus males, aparte de los disgustos que le originó con el primo; y si efectivamente fue quemado, eso se corresponde muy bien con la idea desesperada de acabar para siempre sus tribulaciones con su conducta autoagresiva. Además, si consideramos la posibilidad de homicidio o asesinato, tendríamos muchas lagunas, como sería, por ejemplo, el móvil... ¿Qué crees?

—En cuanto a las consideraciones, me parecen justificadas por los elementos, pero creo que es precipitado hacerse un juicio definitivo.

—En eso, coincidimos —explicó Noel—; sólo te hablaba de una idea.

—Está bien —asintió Miranda con un gesto—. Ahora lo mejor será hacer otras averiguaciones. Resultaría interesante localizar a Carlos Contreras, el ex novio de Elsa; y a Jorge, el primo. Se me ocurre que podríamos hacerles unas preguntas.

—Ya lo había pensado. Además, estimo que Elsa Reyes es una fuente de información importante, sobre todo cuando se halle más repuesta, pues el suceso parece haberla afectado bastante. Si quieres, puedo ocuparme de eso, porque creo que por ahora no tenemos nada más que hacer por aquí.

Miranda reflexionó unos instantes mientras recorría la habitación con la mirada.

—Está bien expresó—, ocúpate tú de ver a Elsa y de paso interésate por los peritajes que ordenaste. Los resultados deben estar cuanto antes, y con una declaración más detallada de la amiga, tendremos más luz sobre el caso. Es importante interrogar a Carlos y a Jorge; ocúpate de garantizar su localización.

—Está bien, ¿no vienes?

—No, me quedaré un poco más para ubicarme visualmente en el lugar y estudiar la inspección realizada. Déjame las actas, así me será más fácil razonar después.

—Bien; nos veremos luego.

Noel salió y Miranda permaneció sentado, meditando. La idea de un caso de suicidio resultaba molesta y sospechosa para él. Y debía tratar de ver si había algo más detrás de las apariencias.

Por otra parte, la muerte de cualquier persona, mucho más si, como en este caso, era joven y con un futuro por delante, le preocupaba enormemente, por lo que no podía tolerar que, de haber algún culpable, aquel crimen quedara impune. Después de unos momentos se levantó y penetró en el cuarto del suceso.

6:00 p.m., jueves 8 de octubre.

Las investigaciones sobre la inesperada muerte de Rosa Roig continuaron. Se le había realizado un detallado interrogatorio a Elsa, en el que se ampliaron y esclarecieron las informaciones iniciales, con las que se completaba una caracterización de Rosa, así como del estado particular que atravesara en aquellos últimos días. Desde cierto punto de vista, la hipótesis del suicidio parecía fortalecida por los resultados de las últimas acciones emprendidas por los oficiales investigadores, y se imponía un análisis conjunto de todos los datos obtenidos.

Tal y como habían acordado Miranda y Noel, se encontraron en su oficina para integrar el estado actual de conocimientos y planificar los nuevos pasos que desarrollarían en la investigación.

Tras el saludo inicial, y para entrar ya en materia, fue Noel quien preguntó:

—¿Te entregaron los resultados del peritaje?

—Sí, aquí los tengo. Pero primero me interesa conocer las declaraciones de Elsa, después veremos eso. ¿Qué tal las informaciones que brindó?

—Pues verás: ya estaba mucho más calmada, y como al hecho de que ella fue quien descubrió el cadáver, se une la gran intimidación que tenía con Rosa, dio toda una serie de datos importantes. —Hizo una pausa para abrir un file con documentos, y comenzó a leer, mientras intercalaba, a ratos, aclaraciones personales—. Primero un poco de historia: la joven contaba veinticuatro años de edad y sólo hacía dos años y cuatro meses que se hallaba aquí en La Habana. Procedente de Rodas, en Las Villas, donde residía con sus padres, la decisión de venir para la casa de su tía obedece a las relaciones amorosas que mantenía con Carlos Contreras, quien reside aquí. Lo conoció en un viaje de trabajo que éste hiciera por Rodas, y desde entonces comenzó su noviazgo. Parece que el tal Carlos supo impresionar bien a la muchacha, pues esa relación le ocasionó a ella serias discusiones con sus padres, quienes no creyeron que el joven tuviera intenciones serias con la muchacha. Como respuesta a la intransigencia mal conducida por sus progenitores, y viendo equivocadamente en Carlos un escape a sus inquietudes juveniles, Rosa se aferró a ese afecto y comenzó a variar su conducta: dejó los estudios y se puso a trabajar, etcétera. La culminación de todo esto se produjo cuando las ocupaciones antisociales de Carlos trajeron como consecuencia que fuera

enviado a las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), en Pinar del Río. Las razones de estos hechos las desvirtuó y enmascaró de tal forma ante Rosa, que ella decidió, tras fuertes discusiones familiares, venir a vivir con la tía, por las facilidades de visitarlo que este cambio le permitía y esperando casarse, como le prometiera Carlos, cuando él terminara su sanción. Así, comenzó a trabajar de peluquera, con la idea fija en el matrimonio.

Noel se acomodó en la silla y continuó:

—Sin embargo, Carlos Contreras regresó a La Habana y la boda seguía aplazándose. El 16 de enero de este año, hace ya tres meses, la tía de Rosa murió, y ella quedó en posesión de la casa, y de los ahorros de ambas, que ascendían a dos mil trescientos pesos, lo que condujo al final inevitable: Carlos intensificó sus asedios, comenzados mucho antes, para obtener el dinero, y pretendió que vivieran juntos hasta poder formalizar la situación. No obstante, Rosa venció, por fin su maltrecho orgullo y decidió romper con todo y regresar a casa de sus padres, sin acceder a ninguna de las pretensiones de su enamorado. De todas formas, esta situación la alteró, y a la fuerte tensión que la agobiaba siguieron estados de nerviosismo y depresión, que llegaron a preocupar a sus amigas, aunque al cabo de unos días, parecía haberlos rebasado.

—¿Y los problemas con el primo cómo encajan con esto?

—Es cierto... Jorge Roig, hijo de otra tía de Rosa, es chofer de taxis, vive sólo aquí en La Habana y nunca tuvo gran vinculación con ellas. Sin embargo, se creyó con derecho a reclamarle a la muchacha parte de lo que dejara la tía. En una discusión que sostuvo con ella la insultó, y la acusó de que había venido a La Habana precisamente para aprovecharse... Todo indica que es un sujeto muy impulsivo, y sus reacciones contribuyeron a hacer más difícil la situación de la muchacha.

—Pero sí que es toda una novela el cuadro que me has contado —expresó Joaquín, quien había seguido con interés todo el relato, mientras hacía algunas anotaciones, de vez en cuando, en su agenda.

Así es; sin embargo, es un caso de la vida real, pero aún falta algo: la tarde del día de los hechos, Rosa la pasó en casa de Elsa, y cuando ya casi se retiraba, recibió una llamada telefónica de Carlos.

Miranda frunció el ceño y adoptó una posición más interesada aún. Su interlocutor prosiguió:

Parece que él guardaba una última esperanza de lograr que ella variara su decisión, pero al preguntarle sobre el asunto y conocer de su intransigencia, sólo le restó despedirse y desearle suerte.

»De toda formas, Rosa se quedó algo nerviosa, aunque no reconoció que se debía a esta conversación, y lo achacó al susto que tuviera segundos antes, cuando se produjo un cortocircuito en los transformadores del tendido eléctrico, que provocó un apagón general en la zona. A Elsa le pareció posible esta explicación, y entonces la dejó partir, por lo cual no cesa de recriminarse al pensar que quizás ése fue el inicio del estado que la condujo a la muerte. Por cierto, se verificó que en realidad Rosa habló con Carlos, ya que fue Elsa quien atendió el teléfono y habló unas palabras con él. Como no se oía bien, Carlos explicó que a lo mejor era por la lejanía, pues le hablaba desde El Vedado. Esto se produjo sobre las 20:00 horas.

»El caso es que momentos después de la llamada, Rosa se marchó para su casa, y aproximadamente una o dos horas después moría.

»Éstas son, en suma, las informaciones brindadas por Elsa Reyes.

Se hizo un silencio entre los dos hombres, mientras Miranda se inclinaba en el asiento.

—Como ves, la declaración ofrece muchos detalles interesantes —opinó Noel.

—Sí —expresó, pensativo, Miranda—. Elsa ha resultado una buena fuente. Por cierto, ¿conoces las condiciones personales de esta compañera?

—Yo también me interesé al respecto, y por lo que pude obtener, parece bastante confiable. Goza de buena moral, trabaja en la misma peluquería en que lo hacía Rosa y todos los detalles confirman lo que plantea. Vive con sus padres, de los que también existen buenas referencias. Entre las ocho y las once de la noche del día de los hechos, hay tres testigos que justifican su presencia en la casa. Por otra parte, todos los datos ofrecidos, junto al resto de las verificaciones, muestran una coincidencia absoluta.

—¿Es casada?

—No, pero tiene novio, y han manifestado que se casarán cuando resuelvan su situación económica. El día de los hechos el novio estuvo un

rato por la tarde con Elsa y Rosa; pero no conocía mucho a ésta última. ¿Qué piensas?

Miranda se dispuso a explicar los datos que poseía, y tras hojear unos documentos, explicó:

—Buenos, veamos. Los resultados de los peritajes y la autopsia son bastante claros: la hora casi exacta de la muerte fue a las 8:30 p.m.; su causa, envenenamiento con arsénico, producida por una fuerte dosis, más que suficiente para provocarla. También fue ése el veneno hallado en el café, tanto en el de la cafetera como el de los residuos de la taza, la que mostraba huellas digitales de la muerta.

»No fueron halladas otras huellas, excepto algunas de Elsa, cuya presencia en el lugar se explica. Por otro lado, las cenizas encontradas en la cocina provienen, en efecto, de billetes de banco, como indicaban los restos no quemados, y por apreciación de la cantidad y calidad, pueden corresponder perfectamente a la suma a la que ascendían los ahorros de la joven. Estas últimas conclusiones acerca del dinero son las que más me sorprendieron, pues casi eliminan la posibilidad de que su obtención fuera un móvil dentro de la versión del asesinato.

—Y por otra parte, fortalecen la versión del suicidio...

—Sí; es cierto —asintió Miranda—. Los elementos siguen sumándose a esta hipótesis. Todo encaja para conformar un suceso de ese tipo... o casi todo. La posición de Carlos Contreras debe ser muy bien aclarada en todo el asunto. Las referencias sobre él no son nada buenas. Unido al impulsivo y amenazante primo serían dos clásicos sospechosos, si fuera un caso de homicidio.

—Sí, si así fuera. Tú lo has dicho. Con relación a Carlos, según lo que le indicó Elsa por teléfono, éste se encontraba en un lugar bastante lejano; sobre todo, teniendo en cuenta que en la precisión del tiempo entre la llamada y la muerte sólo hay poco más de media hora. Si logra probar esa coartada estará libre de toda sospecha. Ya ha sido localizado —apuntó Noel.

—Sí, se le condujo aquí. También a una joven con la que se encontraba en las horas del hecho, según explicó en el interrogatorio inicial. Para realizar un sondeo más profundo quise esperar por tus informes y creo que ha sido útil. Sin embargo, aún no ha aparecido Jorge Roig.

—¿Todavía no ha estado por su casa?

—No; anoche no durmió allí. Si hoy no aparece, aparte de los elementos que tenemos, habrá que ordenar su búsqueda con carácter urgente, pues eso sería significativo.

—¿Se ha obtenido algo de las investigaciones acerca de posibles sospechosos en la zona?

—Todo ha sido negativo —respondió Miranda—. Las averiguaciones con los CDR, los vecinos y el sector de la PNR, dan como resultado que en apariencia no existe nadie que pudiera estar vinculado a los hechos.

—Bien; ¿qué vamos a hacer ahora?

—Terminaba de estudiar los informes que me enviaron sobre Carlos, cuando tú llegaste. Voy a entrevistarle, pues es hora de indagar a fondo con él todo lo referente al caso. Tú debes, mientras tanto, interrogar a la joven que estaba con él... se llama Isolina, Isolina A. Dávila, y aquí están sus generales —explicó Joaquín, al tiempo que le entregaba unos documentos—. Puntualiza bien la hora, el lugar, si estuvieron juntos todo el tiempo, si fueron vistos por alguien, etcétera, en las horas alrededor del hecho, además de las relaciones que existen entre ellos dos. No se me ocurre otra cosa. Pienso que quizás, después de éstos, y si aparece Jorge Roig, sepamos a ciencia cierta a qué atenernos, pues por lo que veo, los hechos tienden hacia una misma dirección. ¿De acuerdo?

Y con el asentimiento de Noel, ambos se dispusieron a emprender las nuevas acciones.

Un poco más tarde. Miranda se encontraba en una pequeña habitación, frente a Carlos Contreras, quien en ese tiempo había satisfecho gran parte de las interrogantes que el oficial se hiciera en torno a él, aunque los resultados no fueran los esperados.

El sujeto había mostrado una convincente imagen de sorpresa y obstinamiento ante los sucesos ocurridos. Brindó una amplia explicación de sus relaciones con Rosa, de quien reconocía haber tratado de aprovecharse, aunque planteó que en todo momento buscaba persuadir a la joven, sin ser capaz de utilizar otros medios para lograr sus propósitos. Sostenía que, una

vez conocida la inflexible decisión de ella, se había dado cuenta de que debía desistir de su empeño y, en parte, para tratar de mejorar la impresión causada, había llamado a Elsa con la idea de hacerle llegar una despedida amistosa; pero al comprobar que la propia Rosa se encontraba allí, quiso dársela personalmente. Reafirmó que a aquella hora se hallaba en el teatro, en compañía de Isolina Dávila, y como sabía que Rosa se iba al día siguiente para Rodas, simuló ir al baño para telefonarla, apremiado por el tiempo; pero su acompañante, con la que admitió, de modo espontáneo, tener relaciones amorosas desde hacía algún tiempo, podía atestiguar que él no se ausentó por más de cinco o diez minutos, y que estuvo en el teatro hasta el fin de la función, que sería hasta cerca de las doce; fuera de eso, otra separación entre ellos sólo ocurrió en un momento en que ella fue al servicio, y tampoco demoró más de cinco minutos. Como acompañó a Isolina hasta su casa, se había demorado algo, y estuvo con ella hasta la 1:00 a.m. aproximadamente. Citó los nombres y datos de dos personas que los vieron a la salida del teatro.

Por una interesante coincidencia, Miranda había visto en esos días la obra teatral mencionada por su interlocutor, e incluso conocía personalmente a uno de sus intérpretes. Le hizo algunas preguntas a Carlos, para comprobar si en realidad había estado en el teatro, pero en ese sentido, el interrogado también fue prolijo. Narró la representación con gran dominio, y fue tan preciso en toda una serie de cuestiones, que al oficial no le quedó duda de que en efecto había presenciado la puesta en escena. Una vez más, Carlos daba sus explicaciones con gran veracidad. Miranda decidió puntualizar otras cosas y varió el procedimiento, más por medida de trabajo, que porque le faltaran muchos elementos de los que le interesara conocer al inicio.

—Sobre la conversación telefónica con Rosa, poco antes de su muerte, ¿qué pudiera decirme? —preguntó.

—Sobre eso... no sé; hablamos poco, sólo le pregunté que si de veras se marchaba, y al responderme que sí, me ofrecí para ir a buscarla por la mañana, allí a casa de Elsa, para acompañarla, con la esperanza de hablarte y tratar de terminar en forma pacífica, pero ella se negó y me dijo que no le hacía falta, que no se iba a quedar en aquel lugar, y que se iría sola de su casa, pues no tenía ningún problema. Supongo que con ello quería demostrarme que no la afectaba en nada lo pasado, y ante esto, ya yo no supe

decir nada más y me despedí. Eso es todo —terminó Carlos. Su tono expresaba deferencia y afán de satisfacer las preguntas del oficial.

—¿Y usted percibió que realmente ella estaba tranquila o le notó alguna alteración?

—Bueno, de eso no estoy seguro, pues no se oía muy bien, pero recuerdo que la noté ansiosa, aunque en parte lo achaqué a que podía deberse al problema del cortocircuito en los transformadores y al apagón, ocurridos hacia unos instantes. La propia Elsa, quien había salido al teléfono en esos momentos, se asustó mucho, y yo tuve que tranquilizarla, y le expliqué lo que había pasado. Sólo al conocer el paso trágico que Rosa dio después, pensé que su alteración en aquellos momentos era más grave.

Miranda pensó que también esta explicación era plausible. Elsa le había achacado el mismo argumento al estado de Rosa. Por otro lado, notó que Carlos daba por sentada la idea del suicidio, aunque tampoco era extraño, pues él mismo ya se estaba convenciendo de ello, a pesar de su desconfianza inicial.

Después, tan sólo quedaron unas pocas preguntas para puntualizar las declaraciones, y de esta forma terminó la entrevista.

Cuando Miranda se levantó para dirigirse al encuentro de Noel apenas una interrogante, bastante subjetiva y difusa por cierto, podía plantearse ante las declaraciones de Carlos Contreras.

Ambos oficiales se encontraron en su oficina. Noel, por su parte, sin perder tiempo, ya había interrogado a Isolina Dávila y efectuado algunas gestiones necesarias.

Miranda hizo una exposición de todo lo obtenido en la entrevista. Como era característico, su informe fue tan preciso y detallado, que Noel apenas tuvo que preguntar algunas cosas antes de pasar a informar lo suyo.

—Bueno, Noel, ¿qué has hallado tú? —preguntó lacónico Miranda, agotadas todas sus informaciones y deseoso de comprobar algunos elementos.

—Verás lo que pude conocer por Isolina: Ésta confirma totalmente las declaraciones de Carlos acerca del tiempo que estuvieron juntos aquel día. Coinciden las horas expresadas, el lugar, e incluso la demora posterior a la función hasta que la dejó en la casa. Expresó que sólo conocía de Rosa que

había sido novia de Carlos, pero nada más y que no sabía de ningún contacto o problema reciente entre ellos, pues esa relación ya estaba concluida.

»No lo considera a él como una persona cínica ni delincuente, y achaca su actuación de otros tiempos a la inexperiencia.

»Esto tiene que ver con el hecho de que ella misma, por su forma, etcétera, no ofrece la impresión de ser una gente muy buena. Declaró que no es revolucionaria, pero que no se mete en nada y trata de vivir bien su vida, sin líos de ninguna clase.

»Debo decirte, que su actitud ante el interrogatorio no fue mala y pareció interesada en cooperar cuando se le preguntaba o pedía algún dato. Por otra parte, en sus informes no hubo la seguridad ni precisión que parece haber mostrado Carlos. Frecuentemente dudaba cuando se puntualizaba algún detalle como la hora, etcétera. Aunque al final, ya te dije que coincidió, en lo esencial, con lo que su compañero nos había informado.

—¿Qué te dijo sobre el tiempo en que Carlos se ausentó de su lado en el teatro?

—En ello también coinciden, en cuanto a que no pasó de diez minutos, lo mismo que cuando ella fue al servicio. Por cierto, dio los nombres de dos conocidas, con quienes coincidió en ese sitio, y que deben recordar el encuentro; también indicó los datos de una pareja que los vio a la salida del teatro, que son los mismos de quienes habló Carlos. Creo que deben investigarse esos detalles.

Miranda respondió afirmativamente a esto último, y permaneció reflexionando durante unos segundos. Al momento preguntó:

—¿Qué otra cosa?

—Bien poco, y se ajusta al mismo cuadro. En su explicación, y aunque yo no he visto la obra, me dio la impresión de que en realidad había estado allí. Insistió en algunos detalles, quizás buscando alejar sospechas, tales como los personajes que intervenían en la obra: unos obreros, el médico, su hija, etcétera, y los papeles que representaban que, según tu explicación, son así. Además, insistió en las condiciones del teatro, la escenografía con sus cortinas azules, etcétera. Vaya, una descripción bastante adecuada, que sólo puede ser producto de su experiencia personal, según me parece. No hay otra

cosa, pues sus generales y otros datos, ya tú mismo los has visto: no hay nada en particular reprochable.

—De sus condiciones no —expresó Miranda con cierta prontitud—, pero para aclararme: ¿tienes recogida en detalles esa descripción?

—Sí; para analizarla. Todo concuerda, pero debemos agotar todas las posibilidades. Además, el detalle del color de las cortinas de la escenografía parece estar equivocado, aunque no sea mucho.

Miranda tomó el documento que le alcanzaba Noel. Durante varios minutos lo leyó en silencio, y continuó:

—En verdad debe de haber visto la obra. Casi todo es bastante objetivo, aunque comete un error en el color de las cortinas. Eran rojas y no azules, lo recuerdo bien, e incluso Carlos en su descripción lo señaló así.

—¿Y qué crees?

—No sé. Junto a todo lo demás parece no tener mayor importancia. Recuerda que es sumamente difícil mantener un recuerdo demasiado preciso. Esa ha sido una constante dificultad en nuestro trabajo.

—Sí —respondió Noel—; pocas veces contamos con tal lujo de detalles como con Carlos Contreras. En definitiva, era éste y no Isolina uno de los principales sospechosos, aunque con relación a él...

Fue Miranda quien completó la idea ante el silencio de su compañero:

—...las sospechas se han ido descartando, tanto él como Elsa, han podido justificar su presencia en otros lugares el día del suceso. Un posible móvil, importante, ha sido eliminado al comprobarse que el dinero fue quemado, según parece, por la propia Rosa.

En ese momento la conversación quedó interrumpida por unos toques a la puerta, y a continuación entró un combatiente para dar una noticia: Jorge Roig se había presentado de manera voluntaria y se mantenía en espera de la decisión que se tomara con él.

Miranda no perdió tiempo y lo hizo conducir a su presencia. Ante él tenía a un sujeto cuya edad debía de frisar los treinta años. Era delgado, de entradas pronunciadas y patillas rojizas muy copiosas. Se notaba que estaba nervioso. Tras indicarle el asiento y aclarar su identidad, Miranda abordó el asunto de un modo directo.

Ya que usted ha venido por su propia voluntad, ¿qué tiene que declarar?

Jorge Roig se revolvió en su silla y respondió:

—Mire, teniente, yo sólo tengo que decir que si es verdad que a Rosa mi prima la mataron, yo no tengo nada que ver con eso... Se lo juro.

—Empieza refutando una acusación que nadie le ha hecho. ¿Por qué esa preocupación?

Con marcados ademanes y acento machista, Jorge contestó:

—La cuestión es que como yo tuve problemas con ella, cuando me enteré de la cosa me asusté, porque quién sabe lo que se podía pensar. Pero aquí estoy para que pueda comprobar que lo que digo es verdad... Yo no sé si ella misma se mató o si lo hizo el tipo ese que tenía de novio o qué sé yo quién.

—¿Conoce usted al que era novio de su prima?

—No; conocerlo no. Lo vi una vez de pasada, y después, cuando el velorio de mi tía.

—Sin embargo, usted señala la posibilidad de que él estuviera mezclado en el posible asesinato. ¿Qué hay al respecto?

Jorge, sobresaltado, negó con movimientos de todo su cuerpo.

—No, no, no. Yo no he dicho tal cosa... Quise decir, que cualquiera que haya sido, yo no tengo nada que ver... Por las cosas que conocí, tengo la opinión de que el tipo era un aprovechado; pero sin el menor elemento que lo meta en este problema... Caballeros, entiéndanme: yo no sé nada de nada. Y se acabó.

Miranda no veía motivo para abandonar su tono incisivo, pues, además, la forma en que había comenzado Jorge Roig le era chocante, de manera que continuó lanzándole preguntas con habilidad y firmeza. El interrogatorio era muy elocuente, con constantes palabras matizadas por una espontánea jerga popular y grandes gesticulaciones del interrogado. Sin embargo, al cabo de un buen rato, poca cosa había agregado a lo ya conocido, y explicó cómo, temeroso de que se sospechara de él, se había ausentado de su casa, hasta que comprendió que ello podía perjudicarlo. Faltaba conocer en qué había ocupado su tiempo el día de los hechos, y sobre este particular indagó el oficial investigador.

—¿Esa noche? —respondió el interpelado con la ansiedad ya notada—. Pues... yo soy chofer de taxis y esa noche no trabajé... No, no di ningún viaje, a domicilios particulares... Recuerdo que hice una carrera hasta el

restorán Moscú, y después hasta la playa... Desde allí llevé a una pareja hasta el parque Almendares, y estuve dando vueltas hasta las once, que llegué a la Base.

—O sea, que hasta las once nadie puede atestiguar dónde usted se hallaba.

—No, no. Pero no tengo nada que ver con eso. Allá en la Base está registrado el kilometraje y los viajes que di... Pero a mí no pueden acusarme de nada.

Su nerviosismo se convertía en exaltación, y Miranda lo cortó:

—¿Sabía usted que Rosa se hallaba sola en la casa?

—Sí, claro. Desde que murió mi tía ella se quedó sola; pero yo apenas la vi después de aquello.

—¿Cuándo se encontraron por última vez?

—Más o menos haría unas cinco semanas —respondió Jorge.

—Y esa vez discutieron —afirmó Miranda.

De nuevo la pregunta lo puso nervioso, y se desató en una larga serie de explicaciones acerca de sus desavenencias con la muchacha. Casi al final, su propio comentario de que oyerá decir que Rosa se iría en esos días para Rodas, mereció otra pregunta, pero no pudo precisar o recordar quién se lo había dicho. Terminó con una especie de súplica con palabras casi iguales a las que Miranda y Noel oían, en casos similares, provenientes tanto de culpables como de inocentes, las cuales no ofrecían nada claro a los oficiales.

—Por su madre, teniente, yo no hice nada. Ayúdeme para no enmarañarme en el lío este. Yo soy inocente. Se lo juro.

Tras unos momentos lo hicieron salir. Bien poco había aportado, como no fuera irritar los nervios de Miranda y Noel, ante su descompuesta declaración, que había pasado del tono de altanera advertencia, al de la súplica más común.

—El tipo está muerto de miedo —afirmó Noel.

—Es cierto —expresó Miranda—; sin embargo, no cayó en contradicción ni una sola vez. Estos nerviosos resbaladizos a veces han resultado de los peores.

—Bien, pero la realidad es que si no ha alejado sospechas, tampoco hay nada que pueda acusarlo.

—No, comprobando los datos de su llegada a la Base no resolveremos nada, aunque debemos puntualizar ese detalle para la valoración general.

Como veía que Miranda no agregaba otra cosa, Noel mencionó el último sospechoso que quedaba en la lista, aunque junto a un signo de interrogación:

—¿Crees que sea necesario ver a Raúl Cobas?

—¿Quién es ése? —preguntó Miranda.

—El novio de Elsa. Estaba en la casa de ésta el día de la muerte, y como se halla aquí, acompañando a la muchacha, se me ocurre que quizás pueda decirnos algo.

Miranda puso una expresión escéptica, pero al fin le indicó que lo hiciera pasar. Mientras esperaba, el oficial pensó que ya estaban reiterándose las conversaciones que no brindaban elementos interesantes al cuadro que ya se formaba, aún nebuloso e impreciso, en su mente.

Al fin Raúl llegó y comenzó el relato de lo que ya se conocía por Elsa, del cual no se apartó ni un ápice.

Le preguntaron sobre el estado en que se encontraba Rosa la última vez que la viera.

—En verdad, la noté muy entristecida —explicó Raúl—. Estaba como ida y con gran pesimismo. Cuando salí de casa de Elsa, precisamente esa impresión me tuvo preocupado.

Saliendo del reiterado tema del abatimiento de la joven, Miranda continuó el nuevo hilo de la conversación, en el cual le interesaba un detalle.

—¿A qué hora se fue usted de la casa?

—Sería alrededor de las ocho y fui a buscar la guagua para ir hacia el trabajo, pues esta semana estoy por la noche.

—¿Se produjo algún apagón en esos momentos?

—Bueno, un momentico después ya yo estaba en la parada.

—¿Podría decirnos la causa por la que faltó la luz? —preguntó Miranda con desinterés.

—No, no sé. Unas gentes que pasaron poco después hablaron de un problema en los transformadores; pero yo no lo vi, y además no le di importancia.

Para terminar, una pregunta pronunciada con energía, desorganizó por primera vez a Raúl.

—¿Y ese día usted asistió realmente al trabajo?

—Sí... claro —respondió éste con turbación—. Llegué un poco tarde por problemas con las guaguas, pero fui como todos los días... ¿Es que se duda de eso?

Con tono convincente se le aclaró que no, y se dio por terminada la entrevista. En el rostro de ambos oficiales, por un instante apareció el cansancio de tantas reiteradas indagaciones.

Noel observó una sonrisa condescendiente en Miranda, y aprovechó el silencio para reiniciar su interrumpido análisis:

—Bueno, éste es el último que nos da lo que conoce en torno a los hechos. Todas las otras investigaciones han dado resultados negativos: no aparecen más personas que pudieran estar complicadas en el caso y me parece que todos los elementos apuntan hacia un lamentable suicidio. Creo que no queda mucho por hacer. ¿Qué piensas tú?

Miranda sostuvo el silencio un buen rato, pensativo, al fin dijo:

—Tengo una duda, aunque es más bien intuitiva. Parte sencillamente de que siempre debemos desconfiar... pero quisiera explicarte algo.

»Desde el principio, las piezas de este rompecabezas encajaron muy bien en la posibilidad del suicidio. Ahora, esto sólo puede deberse a dos cosas: que éste sea real o que todo haya sido muy bien preparado para inducir a esa idea. El caso es que hemos indagado sin hallar nada. Carlos Contreras, sospechoso principal por sus antecedentes y comportamiento con la joven, deja sin efecto toda sospecha. El propio primo, por nervioso que parezca, no deja elementos que puedan sostener mucho tiempo una acusación. Sin embargo, precisamente dentro de este armónico asunto, hay una cosa que me llama la atención: la llamada telefónica de Carlos y las condiciones en que se produce tiene una justificación bastante débil; la conversación fue vacía y el pretexto, sin un sentido claro.

—Sin embargo, no se observa conexión objetiva con el hecho, dadas las otras comprobaciones. Salvo que con ello se precipitó la crisis que condujo a Rosa a tomar tan fatal determinación. Yo la tomaría como una trágica casualidad, de la que no puede ser probada ninguna responsabilidad intencional contra Carlos.

—Puede que sea verdad. Pero ahí está lo irritante: que todos los detalles muestran que fue la bajeza y el engaño de Carlos, y el interés egoísta de Jorge Roig, lo que provocó tal estado en la joven, que la llevara a matarse. No habría, quizás, ni en sus propias conciencias, castigos para ellos. Acaso sea ésa la amarga experiencia que saquemos de este caso.

Siguieron unos minutos de reflexión. Al fin, el propio Miranda concluyó con expresión resuelta:

—Creo que no queda más. Revisemos de nuevo toda la información, para organizar los documentos. También queda la posibilidad remota de proponer que la causa sea sobreseída. ¿Qué crees?

—Antes se me ocurre que faltaría comprobar algo.

—¿Qué cosa?

—La hora y detalles del regreso de Jorge a la Base de taxis, la llegada y presencia de Raúl en el trabajo, y que los testigos que citan Carlos e Isolina, corroboren su presencia en el teatro. Las demás cosas han bastado, sobre todo, por la explicación de los elementos mismos, pero quizás no sea inútil.

—Tienes razón. No creo que ellos hayan mentido en algo de tan fácil comprobación, pero debemos hacerlo. Sería bueno que ahora mismo te encargaras de eso, y así yo podré aprovechar para ir organizando la documentación obtenida.

—Está bien —dijo Noel, al tiempo que se levantaba y recogía su portafolios—. Tengo el nombre y la dirección de las personas y lugares, y no me debe de tomar mucho tiempo realizar esas gestiones.

Cuando ya se disponía a salir, hizo una indicación que reflejaba que había logrado disipar el tenso estado de ánimo de todo investigador, ante un caso no resuelto.

—Estoy seguro de que te alegras de esta última oportunidad para poner a prueba la versión de asesinato, sé que en mi ausencia no saldrás de aquí y te sumergirás en todo los papeles, en busca de algún indicio.

Miranda respondió en el mismo tono:

—Resulta que eres adivino...

—No creas. Yo no podré explicarme un hecho que no veo y que no tengo elementos sobre él. Pero a ti te he visto trabajando muchas veces y no me hace falta hacerlo una vez más. No es gran cosa explicarse lo que es

característico, y más difícil me sería esperar una reacción distinta. Es pura lógica.

Intercambiaron sonrisas. Noel se marchó y Miranda quedó pensando en la certeza de las afirmaciones de éste.

Por tanto, no tardó mucho en enfrascarse de nuevo en el análisis de los elementos del caso. Trató de invertir el enfoque del problema, y empezando por los hechos mismos, se ubicó en cómo debía haber procedido alguien en el caso de tratar de ofrecer la versión del suicidio. Comprobó que, en efecto, esto podía lograrse. Sin embargo, algo de suma importancia se le escapaba: el móvil. Los billetes quemados echaban por tierra la idea del robo, que era fundamental en sus hipótesis.

Probó otra vía e inició el examen de las declaraciones de testigos y sospechosos.

Repetía este recurso por segunda vez, cuando asoció unas líneas con la explicación de los razonamientos lógicos que hiciera Noel al salir, y aplicándola a un aspecto de las declaraciones, descubrió algo interesante. Por un momento miró al vacío.

«Sin duda alguna, esto induce a la idea de que un elemento que nos dio es falso —pensó—. Sin embargo, ello implica que yo logre comprobar la falsedad en sus otras informaciones, que son en definitiva más importantes. Tengo que encontrar y descifrar nuevas contradicciones.»

Revisó afanosamente el resto de los elementos. Se apoyó en otro error que ya había encontrado antes. Tras unos momentos de reflexión, se percató de una explicación y de nuevo fue a su comprobación. Después de buscar en una libreta, hizo una llamada telefónica.

Al cerciorarse de quién hablaba, Miranda se identificó, y sin más dilación preguntó:

—Es importante para mí verificar un dato acerca de la obra que ustedes están escenificando. ¿De qué color son las cortinas que se utilizan en la escenografía del último acto?

La voz del otro sonó extrañada:

—¿Las cortinas?... son rojas. En ese acto las que aparecen son de ese color.

—¿Y esta semana, digamos, en las funciones del martes también las usaron de ese color durante toda la función?

—Es curioso. Precisamente el martes, por un accidente, las cortinas que se usaban se rajaron, y no se pudieron seguir utilizando. Ese día se sustituyeron por unas cortinas azules; pero ya ese detalle se resolvió para hoy. El problema ocurrió tan sólo en la función del martes.

—¿Con toda seguridad fue ese día cuando ocurrió? —preguntó Miranda con ansiedad.

—Sí, seguro..., ¿pero por qué te interesa? ¿Sucedió algo?

—Lo necesitaba para una averiguación. Ese dato me hacía falta... eso era todo. Muchas gracias.

Colgó el auricular mientras sonreía con aire triunfal. Con esta información, Miranda completó su idea comprobatoria de que Isolina no había mentido en ese aspecto. Ya no necesitaba de las verificaciones que Noel estaba realizando, que, además, casi seguro confirmarían las declaraciones obtenidas. Ya él había llegado a una convicción.

Salió del edificio, y en su auto se dirigió hacia la casa de Elsa. Una vez allí dio vueltas por las calles aledañas, que incluían detalles tales como la parada donde Raúl debió de tomar el ómnibus para dirigirse a su trabajo aquella noche, y los transformadores eléctricos que sufrieron desperfectos — los que localizó gracias a la indicación dada por un chiquillo a quien le preguntó—. Tras fijar los aspectos de interés regresó a su oficina.

Poco tiempo después se hallaban reunidos, en una habitación preparada al efecto, los dos oficiales junto a las personas más directamente relacionadas con el caso: Jorge Roig, Raúl Cobas, Carlos Contreras, Elsa Reyes e Isolina Dávila. Miranda había provocado esta situación con vistas a obtener la confirmación definitiva de sus hipótesis.

Noel, quien llegara minutos antes con noticias favorables al testimonio de todos, de inmediato lo puso al corriente de la entrevista colectiva que ya tenía concertada. En breves palabras le comunicó su versión acerca de que Rosa Roig había sido asesinada, y de quién era el culpable, aunque sin ofrecer explicación o dato alguno de los hechos. A pesar de las interrogantes de su

compañero, se limitó a indicarle qué papel debía jugar para crear las condiciones subjetivas ambientales que propiciaran el resultado que esperaba. Era preferible ofrecerle después la aclaración, con los datos concluyentes que allí se pondrían de manifiesto.

Miranda informó a sus interlocutores del objetivo de la reunión.

—Los hemos traído aquí, para darles a conocer los resultados finales a que han llevado las investigaciones. Como ustedes, de una u otra forma, estuvieron ligados a Rosa Roig, lo entendimos necesario. Por otra parte, los familiares de la joven también serán informados debidamente.

Las personas que lo rodeaban hacían silencio. Todos se mantenían expectantes. Elsa aún mostraba huellas de abatimiento y tensión por los hechos ocurridos y por el propio proceso investigativo; Carlos, aunque controlado exteriormente, denotaba la ansiosa espera de quien ve llegado el final de momentos amargos, mientras que Isolina era quien mostraba más claros índices de nerviosismo y preocupación. Sin duda era la que menos hubiera esperado verse complicada en los hechos.

Jorge Roig y Raúl Cobas mantenían gran tranquilidad, aunque con diferentes actitudes: malhumorado y desconfiado uno; atento e interesado el otro, que a ratos lanzaba miradas de ánimo a su novia.

Miranda continuó:

—Es preciso rectificar con ustedes por última vez los elementos que han brindado. Leeremos la síntesis de las declaraciones en cada caso, y cualquier duda o elemento nuevo que les surja deben aportarlo, pues es importante que no obviemos nada. ¿Está claro?

Recibió el asentimiento de los presentes y pasó a dar lectura a unos documentos. En primer lugar, expuso lo que había declarado Elsa, y cuando terminó, preguntó:

—¿Tiene usted algo que aclarar o agregar?

—No —le respondió ella. Evidentemente deseaba que todo acabara.

Fue Noel quien intervino entonces.

—Hay algo que no tengo claro. Quizás no tenga importancia, pero mi idea de eso era diferente. Dijo usted que el hecho de que se apagaran las luces cuando hablaba por teléfono con Carlos, fue debido a un cortocircuito en los

transformadores del tendido eléctrico. ¿Cuándo supo que ésa había sido la causa?

—Poco tiempo después. Una vez que Rosa se marchó, unos vecinos me hablaron de ello. Aunque también el propio Carlos me lo dijo en aquellos momentos.

—¿En el momento que hablaba con Carlos no fue usted quien le dio a él esa explicación? —preguntó Noel en un tono que pretendía restarle importancia a la interrogante.

—¿En aquel momento?... No, en realidad fue el propio Carlos quien habló sobre el accidente, pues al cogirme de sorpresa me asusté, y le pregunté qué había pasado, y él me respondió que era a causa de un cortocircuito en los transformadores, lo cual era cierto.

—Así mismo es —intervino Miranda—, el propio Carlos lo explicó así, y es como aparece en el informe. Probablemente debes de haberte confundido. ¿Hay algo de eso?

—Sí, tenía otra idea. Pero ya aclarado esto no hay problemas —apuntó Noel, mostrándose aparentemente desinteresado del asunto.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó Joaquín al tiempo que recorría con la vista a los presentes. No escaparon a su observación las reacciones de éstos. Como no recibió respuesta, pasó a las declaraciones de Carlos y cuando concluyó, le preguntó:

—¿Algo que aclarar?

Carlos demoró en responder. Se veía que estaba reflexionando.

—Creo que no.

—¿Pero duda? —preguntó Noel.

—No... No. Todo está bien —contestó Carlos, pero su rostro expresó que no estaba satisfecho.

Haciendo, caso omiso de ello Miranda siguió con Raúl Cobas.

De su declaración, recalcaron en el detalle sobre la hora de salida de casa de Elsa y el tiempo que estuvo esperando el ómnibus. Indirectamente se tocó el punto de la falta de fluido eléctrico; Raúl negó que pudiera asegurar su causa. En el resto del interrogatorio no se presentó ningún otro contratiempo de mayor interés.

Le tocó el turno a Jorge Roig, el que casi se limitó con gestos a confirmar la declaración que le leyera Miranda y reiteró que era ajeno a toda la situación de Rosa en los últimos días. El tono de su voz y las miradas desafiantes al resto de los presentes elevaron la tensión más allá del ambiente de pura formalidad rutinaria con que se había iniciado el encuentro, a pesar de que algunos de los que allí se hallaban presentían ya el peligro, aunque sin saber cómo y por dónde llegaría el golpe.

Faltaba por fin revisar la declaración de Isolina.

El informe de ella fue más breve, y como no tuvo nada que decir fue esta vez Miranda quien intervino.

—Quizás usted no esté segura al recordar algunos detalles, pero, ¿no hay error en su descripción de la obra?

—No sé, creo que no... ¿A qué se refiere? —se mostraba sumamente intranquila.

—A las cortinas que servían de fondo en el último acto. ¿De qué color dice usted que eran?

La interpelada pensó un momento, pero enseguida respondió con seguridad.

—Azules... eran azules. Es lo que dije, ¿no?

No se percató de la mezcla de extrañeza y ansiedad que había en la mirada de Carlos. La situación preparada con los informes había surtido su efecto. Las reacciones de todos habían sido las que esperaban los investigadores, por lo cual sólo faltaba introducir la culminación en el momento preciso, unos instantes después, lo que hizo que Miranda aclarara.

—Es cierto. Así consta en su declaración. Sin embargo debe haberse equivocado. Claro que no puede hacer otra cosa, si lo recuerda de ese modo.

—Quizás me equivocara. Pero yo sí estuve en el teatro, yo...

—No se preocupe, ese particular lo hemos comprobado, incluso, con otros testigos.

—Es simplemente una aclaración necesaria —interrumpió Miranda, y sin dar tiempo a otra consideración agregó—: Creo que con esto terminamos de puntualizar los distintos elementos. Ahora debemos pasar a explicarles cómo ocurrieron los hechos.

Hizo una pausa. Aunque nadie lo interrumpió, se dio cuenta de que sólo él y Noel mantenían calma.

—Desde el principio todos los hechos coinciden en mostrar la idea del suicidio —continuó con un tono apresurado, pero firme—. En todo momento esta versión saltó a la vista, hasta que pudimos descubrir de qué modo había preparado la escena la persona que asesinó a Rosa Roig.

—¿Qué?! —la exclamación resultó unánime. La agitación se adueñó de Elsa, en contraste con la repentina inmovilidad de los otros.

—Efectivamente, Rosa Roig fue envenenada para robarle el dinero de sus ahorros... ¡y la persona que cometió ambos hechos fue usted, Carlos Contreras!

Esta afirmación fue seguida de una súbita reacción por parte de Carlos: se echó hacia adelante en el asiento como para levantarse y muy agitado, gritó:

—Eso es mentira. Yo no pude hacerlo, pues me encontraba en el teatro... eso está demostrado.

En un segundo Noel se colocó junto a Carlos y, poniendo una mano en su hombro, lo contuvo. Miranda continuó con energía:

—Ésa es otra falsedad preparada cuidadosamente por usted; pero que hemos desbaratado gracias a sus propias declaraciones y las de Isolina. La excesiva preocupación por demostrar la coartada con diversos detalles, nos puso en la pista que permitió demostrar que en la noche del crimen usted no estuvo en el teatro y que, por el contrario, siguió los pasos de Rosa cuando ella salió de casa de Elsa, para cometer el crimen. Hemos comprobado suficientemente sus acciones y las de su cómplice Isolina Dávila, quien también tuvo participación directa en el asesinato.

—¡No! —fue Isolina quien interrumpió con su grito y en actitud desesperada continuó—: No tuve que ver con el hecho... fue él, Carlos... yo sólo...

—¡Cállate!... no hables —gritó Carlos, parándose en dirección a la joven.

—Es suficiente —lo detuvo Noel interponiéndose entre ambos—. Están detenidos, después podrán declarar.

Esto dio término a la escena: a pesar de su expresión de odio y el gesto desafiante, Carlos se dejó conducir, al igual que Isolina, por los combatientes que acudieron a una llamada de Miranda. Elsa había estallado en una crisis de

llanto, y una compañera la retiró de la estancia hasta que se repusiera, acompañada de Raúl Cobas, por indicación de los oficiales.

—Usted está libre de toda sospecha, Jorge —expresó Miranda—. Sin embargo, creo que es muy importante que revise su comportamiento con su desdichada prima. Eso es todo.

Con la estúpida expresión que se retratará en su rostro desde los vertiginosos acontecimientos anteriores, Jorge Roig salió de la estancia seguido por severas miradas, mientras balbucía una desordenada excusa.

Miranda y Noel quedaron solos, y este último no esperó más para hablarle:

—Todo salió como esperabas. Carlos quedó desarmado y cuando se lo llevaban, Isolina expresó que quería hacer declaraciones sobre el hecho. Evidentemente no pudo soportar más la situación.

—En efecto. Ésta es la confirmación que hacía falta. Después de esto y con las pruebas, ya no se podían negar los cargos.

—Ahora quisiera que me explicaras con calma cómo diablos llegaste a tus conclusiones acerca del crimen.

Miranda esperó unos instantes y esbozando una sonrisa, explicó;

—Verás: En parte, a ello me ayudó una afirmación que hiciste acerca de los razonamientos lógicas.

—¿Yo?

—Sí. Acerca de que la lógica no permitía explicar aquello que no se veía, ni de lo cual se poseían elementos. Cuando te fuiste volví a analizar el caso, me situé en la posición del asesino, y en que podría hacersele ingerir el veneno a la joven si previamente se les echaba a los líquidos encontrados en la casa. Una persona que estuviera en su interior, con conocimiento del lugar y que permaneciera allí durante un tiempo, hubiera podido borrar toda huella suya y salir por la propia puerta, cuando Rosa se hubiera envenenado. Lo que destruía la hipótesis del robo como móvil eran los billetes quemados, y a ello volví.

»En el informe del peritaje se señalaba que la muestra de cenizas recogidas correspondía, en efecto, a billetes de banco y a papel. Por su composición no podía determinarse en qué proporción se hallaban uno y otro, y ni siquiera qué parte podía corresponder a billetes de uno, cinco, diez o

veinte pesos, y, por lo tanto, la cuantía del dinero quemado. Sólo sabíamos que se habían quemado billetes junto a papel, y que eran bastantes las cenizas como para ascender a una cifra alta. La posible solución quedaba clara: se podía preparar un fajo con algunos billetes; y el resto, de papel; y se quemó para ofrecer la idea de que todo el dinero estaba allí. Hábilmente, los pedazos que dejaron reconocibles eran de billetes de diez y veinte pesos para inducir que el resto sería de las mismas denominaciones. Para quien obtenía dos mil trescientos pesos, no era mucho sacrificio, con tal de hacer pensar en un suicidio y eliminar, a la vez, un móvil evidente.

—¿Pero y la coartada de Carlos e Isolina? —preguntó Noel.

—A eso voy. Es cierto que, al parecer, los sospechosos tenían buenas coartadas, pero revisando sus declaraciones, en cuanto a la llamada sobre la que ya había pensado, me di cuenta de que si Carlos hubiera estado en El Vedado, no podría saber que la luz se había ido, y menos que la causa era por un cortocircuito en los transformadores, como declaró Elsa que éste había dicho; pues incluso Raúl Cobas no pudo saberlo, a pesar de hallarse cerca, por la ubicación de la parada. En una visita que hice al lugar, me percaté de ello; así como de que había un teléfono público desde donde sí podía observarse el accidente. Lo dicho por cada uno, lo verificamos hace un momento. Esto indicaba que se encontraba muy cerca de allí, y que le había mentido a ella y también a nosotros. Ya no me quedaron dudas de que el asesino era Carlos Contreras quien preparó todo con sumo cuidado. Además, la debilidad de la coartada de los otros dos no se correspondía con la meticulosidad mostrada en el asesinato.

»Entonces, se hacía necesario tratar de romper la coartada del teatro. Según recordarás, yo sustenté la idea de que al mencionar testigos, era difícil que ellos no hubieran estado allí, pero después vi que, en efecto, sólo se confirmaba la presencia de Isolina, mientras que a Carlos únicamente lo habían visto a la salida. Confrontando el horario de la función con la hora de la muerte de Rosa, observé que era posible para éste cometer el hecho e ir a buscar a Isolina, quien sí había asistido ese día a la función, para dar más veracidad a sus pasos.

—Sin embargo, fue Isolina y no Carlos quien se equivocó acerca de la obra. ¿A qué se debe esa contradicción?

—A que en realidad Isolina no se equivocó —expresó sonriente Miranda—. Verás: Carlos no descuidó el tener dominio de la obra, y fue un día anterior a verla, por lo que pudo hacer tan detallada la descripción. Esto introducía una mayor dificultad, pero aquí vino la casualidad en su contra: el día de los hechos, por un incidente, las cortinas del teatro se rompieron y fueron sustituidas por otras azules. Posiblemente, después de la obra, Carlos se informó con Isolina de los incidentes ocurridos, como, por ejemplo, las compañeras con quienes se encontró Isolina en los servicios sanitarios; pero ella no podía darse cuenta de que se había producido un cambio en las cortinas y lo pasaría por alto, pues lo tomó como un elemento normal más de los que ya él conocía.

»Cuando por las dudas que me asaltaron desde la contradicción con los colores, llamé al teatro y me informaron del asunto, quedó completa toda la información que necesitaba. Quizás algún detalle deba ser rectificado. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que en general las cosas sucedieron de esa forma. Lo demás fue crear las condiciones psicológicas que, haciendo que los traicionaran sus emociones, facilitaron la confirmación del caso. Eso es todo.

Noel, visiblemente admirado, expresó:

—Creo que ha sido formidable la solución de este caso. La preparación del crimen y todo lo demás fue en extremo cuidadosa, siendo sus faltas tan insignificantes, que estuvieron a punto de hacernos incurrir en un error. Debes sentirte totalmente satisfecho, Miranda, tu análisis ha sido asombroso... no puedo menos que felicitarte.

—Me queda la desagradable idea de que un vil sujeto haya podido confundir primero a la joven para finalmente asesinarla y tronchar una vida nueva cuando retornaba a su verdadero camino —dijo éste.

Hizo una pausa, y con un gesto de alguien que desecha una preocupación irremediable, continuó:

—De todas formas, los culpables serán castigados, y en cuanto a eso, todos debemos sentirnos satisfechos. Fueron muchos factores los que se aunaron al éxito. En principio, es necesario destacar el arduo trabajo de diversos compañeros... Yo diría, además, que nos ayudaron dos grandes errores cometidos por ellos: la equivocada creencia de que un hecho así

podiera quedar impune, y el que esa propia artificial seguridad los llevara a intentar burlarnos, con tal lujo de detalles que nos permitió así llegar a la verdad.

SOBRE EL AUTOR



LEONELO ABELLO MESA (La Habana, Cuba, 1953). Doctor en Ciencias Psicológicas. Escritor e investigador. Entre sus títulos premiados y publicados se encuentran varios libros de cuentos y las novelas **La esperanza del Cazador**, Ediciones UNION, 2006; **Miami otra vez**, **Misión en Langley**, **Nieve en La Habana** y **Conspiración en el Triángulo Maya**, Editorial Capitán San Luis, 2006, 2009, 2010 y 2011 respectivamente. En el 2008 las FAR le otorgó la Réplica del Machete Máximo Gómez en reconocimiento a su labor literaria. Parte de su obra fue llevada a la televisión en la serie titulada **El canto del grillo**, obra que también fue publicada como Fotohistorieta por la Editorial Capitán San Luis.